



**«Mira, hago nuevas
todas las cosas»
(Ap 21,5)**

**Orientaciones
para el proceso de conversión pastoral
en la Iglesia de Jaén
durante los cursos 2023-2027**

**«Mira, hago nuevas todas las cosas»
(Ap 21,5)**

Orientaciones
para el proceso de conversión pastoral
en la Iglesia de Jaén
durante los cursos 2023-2027

PALABRAS DEL OBISPO

Queridos diocesanos:

Al comienzo de este nuevo curso quiero saludaros con afecto a todos: los sacerdotes y diáconos, los religiosos y los laicos que caminamos unidos en esta hermosa Diócesis en la que el Señor nos plantó y en la que quiere que demos fruto abundante.

No nos ha tocado vivir en un tiempo fácil. Nuestro mundo, y con él nuestra sociedad giennese, padece cada vez más por la precariedad laboral, la polarización, la división, la pobreza que para tantos se va haciendo crónica, la desigualdad que sigue en avance, la imposibilidad de acceso para muchos a una vivienda digna, el aumento de la brecha salarial entre unos y otros, las consecuencias palpables de la sequía y el cambio climático... Son muchos hermanos nuestros los que sufren por estos y otros problemas como la soledad y el sinsentido, la falta de ayudas a la dependencia, las dificultades relacionadas con la salud o el desarraigo sobrevenido después de una migración forzada.

Pero, en medio de este mundo y de esta sociedad dolientes, los cristianos estamos llamados a ser la prueba viva de que una vida entregada a Dios y a los hermanos tiene sentido. Y lo tiene, porque lo tuvo, y mucho, en la persona de Jesús, el crucificado que fue devuelto a la vida, del cual los creyentes, a pesar de nuestras debilidades, somos testigos. Él, el Señor, quiere salir, a través de nosotros, al encuentro de cada persona que sufre, que tiene sed de sentido y de paz, que ansía la felicidad.



Somos conscientes de las necesidades de la gente de nuestra tierra. Y queremos serlo más aún. Nos sentimos llamados, cada vez más, a pasar *a la otra orilla* para hacer nuestros «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren» (GS 1). Y somos conscientes también de la necesidad que tenemos de hacer una transformación de las estructuras eclesiales, de la que el Papa Francisco repetidamente nos habla (ver EG 26-27; 32-33; 49), una revisión de nuestras prioridades y de nuestros proyectos, un reajuste de nuestros relojes y de nuestras agendas, para poder responder a aquellas necesidades. Estamos convencidos de que nuestro Señor Jesucristo puede, en su misericordia, sanar todos los corazones y calmar la sed que se esconde en cada entraña humana. Y también de que es él el que nos urge a ser sus testigos y, como a los primeros discípulos, nos envía por delante a los lugares y a los pueblos a donde él quiere ir (ver Lc 10,1). Es Jesús el que salva; es él el que cura los corazones desgarrados y el que, con su esperanza, dibuja una sonrisa en los rostros entristecidos; pero el encargo que nos hizo es que le abramos camino, que posibilitemos su llegada. Por eso tenemos que estar dispuestos a dejar que su Espíritu entre en nosotros a remover todo nuestro ser y a afinar las cuerdas de nuestra alma para que sonemos al son de su música. La primera conversión a propiciar es la nuestra, la de las personas. Esta llevará a la de las estructuras, para ponerlas al servicio de la nueva evangelización a la que somos llamados.

El camino de la conversión pastoral es un camino arduo. Como el de la subida de Jesús a Jerusalén. Esta es la *cruz* que el Señor nos invita a cargar ahora. De principio, lo que nos nace, como le pasó a Pedro y a los demás, es decirle a Jesús: «No, eso no puede ser» (ver Mt 16,22). Nos vamos a encontrar muchas reticencias. Las primeras en nosotros mismos: en los que llevamos las riendas de la tarea pastoral, ya seamos miembros del clero, religiosos o laicos. A veces por el cansancio, que nos hará ver todo este proceso como una tarea ingente, que viene a sumarse a las muchas que ya llevamos a las espaldas. Otras veces por la rutina en la que irremediablemente entra el ser humano, creyente o no, y por la que se acomoda a un modo de hacer las cosas y se resiste a abrir caminos nuevos que ponen en peligro la segura comodidad alcanzada. Pero habrá también resistencias por parte de la gente, que espera de la Iglesia lo que la Iglesia empieza a tener claro que no pue-

de ni debe dar; y por parte incluso de los fieles de las comunidades que no entenderán el porqué ni el para qué de las transformación que se vaya produciendo.

Pero las dificultades no nos pueden echar para atrás. Si estamos convencidos de que este es el camino al que Dios nos llama y que la Iglesia nos marca, no podemos dejarnos vencer. Pasaremos por encima del cansancio, de la rutina, y de esa cantinela monótona que supone seguir haciendo las cosas *como siempre se han hecho*.

El curso pasado iniciamos un proceso. Y nos proponemos continuarlo. Sabemos que los procesos humanos –tanto personales como comunitarios–, son lentos. Y los respetaremos. Pero tenemos que continuar todos la marcha. Puede que, cuando leas este Plan Pastoral Diocesano para el cuatrienio, sientas que te suena todo a método o a herramientas. Precisamente esa es la pretensión: ofrecer herramientas, auxilios. Pero ni el método, ni las herramientas, ni los auxilios son lo importante. Lo verdaderamente valioso es lo que a través de ellos queremos conseguir: que el Evangelio sea anunciado; que nuestra Iglesia local sea más misionera, más en salida y más preocupada y ocupada en fa-



vor de los que aún no forman parte de ella o se sienten en las periferias de la vida. Así que, si el Señor os revela otras herramientas distintas que lleven al mismo fin, agarradlas con firmeza y poned manos a la obra. Y compartidlas con otras comunidades.

Evangelii gaudium supuso el principio de la generalización de ese concepto, *conversión pastoral*, que hoy tanto repetimos y que sirve de telón de fondo a nuestra tarea de los próximos años. Podría parecer que estamos inventando algo. Pero hemos de saber que lo que hagamos será nuevo solo en tanto en cuanto volvamos a la raíz. Se trata de volver al corazón del Evangelio. Mirar a ese Jesús que anuncia Buena Nueva a los pobres, que cura a los enfermos, que bendice a los niños, que libera a los encadenados por el diablo, que se sienta a la mesa con los pecadores, que acepta como discípulos y como familia a los que quieren venirse con él y pasa noches enteras en silente soledad con su Padre. A ese cuya vida resumió el apóstol Pedro con estas hermosas palabras en casa de Cornelio, el centurión: «pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hch 10,38). La conversión pastoral solo será posible si ponemos los ojos fijos en él (ver Hb 12,1-3). Y dejamos que el motor de nuestra vida eclesial sea el mismo Espíritu que lo ungió a él.

Ilusionémonos, hermanos, con lo que está por venir. Es aquel Cristo resucitado y vencedor el que nos alienta con las mismas palabras que dirigió a la Iglesia sufriente de finales del siglo I y que hemos tomado como lema: «Mira, hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5).

El Señor nos bendiga y nos acompañe a todos en esta tarea común.

✚ Sebastián Chico Martínez
Obispo de Jaén

ORIENTACIONES PARA EL PROCESO DE CONVERSIÓN PASTORAL EN LA IGLESIA DE JAÉN DURANTE LOS CURSOS 2023-2027

INTRODUCCIÓN

Desde que el papa Francisco firmara la *Evangelii Gaudium* en noviembre de 2013, la expresión *conversión pastoral* ha ido tomando fuerza en el entorno eclesial, hasta ocupar un espacio en el vocabulario común de la reflexión y de la tarea pastoral.

El concepto no solo aparece en aquella exhortación apostólica, sino que atraviesa, de algún modo, el magisterio todo del actual pontífice y sirve de base inspiradora para los caminos nuevos que progresivamente se van abriendo para la Iglesia¹.

En julio de 2020, la Congregación para el Clero publicó la instrucción *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia*, en la que se dice que «la Conversión Pastoral es uno de los temas fundamentales en la “nueva etapa evangelizadora” que hoy la Iglesia está llamada a promover, para que las comunidades cristianas sean centros que impulsen cada vez más el encuentro con Cristo». Por ello, el Santo Padre indica: «Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: “¡Dadles vosotros de comer!” (Mc 6,37)» (CP 3).

El curso 2022-2023 ha sido para la Iglesia de Jaén una oportunidad para iniciarse en el proyecto común de abrir caminos que posibiliten la conversión pastoral de la Diócesis y de las parroquias, hacia la misión fundamental, el anuncio del Evangelio, y hacia un modo de ser, la sinodalidad, que cada vez nos hace a todos sentirnos más corresponsables de lo que ocurre y de lo que debe ocurrir en nuestras comunidades. Es verdad que el seguimiento del proceso de conversión en estos meses ha sido desigual, pero, si embargo, acogido positivamente y con ganas, y es innegable que hemos conseguido desbrozar un sendero que en los próximos años hemos de transitar con entusiasmo y sin mirar atrás, a pesar de las dificultades y resistencias que, seguramente, nos vamos a encontrar.

Continuamos en este camino. **Tenemos que seguir alimentado el proceso de la conversión pastoral en la Diócesis y en nuestras parroquias y comunidades.** Tenemos que hacer que cale el concepto y, sobre todo el deseo ardiente en nosotros, para que podamos hacer, con el soplo del Espíritu, que la nuestra sea cada vez más una Iglesia sinodal y una Iglesia ministerial. Este documento pretende ser una auxilio. Por eso te ayudará, os ayudará, a hacer **una doble mirada: una, a vista de pájaro**, donde se recuerdan las líneas fundamentales del proceso completo, que nos llevará mucho más de cuatro años; **otra, en la que nos centraremos en algunas dimensiones del proceso**, que privilegiaremos de modo específico cada curso del cuatrienio.

En las páginas finales encontrarás una bibliografía esencial. Y también accesos directos a algunos documentos de carácter libre, que están en la página web de la Vicaría de Evangelización y que puedes descargar para leer y compartir. Y otros accesos a sitios web que pueden ser útiles en la tarea.

Por otra parte, la Vicaría ha publicado aparte un cuaderno que puede servir como guía de reflexión y trabajo para los equipos parroquiales o de otras entidades eclesiales encargados de ir trazando el camino en las comunidades para que otros fieles puedan sumarse a la tarea.

1 LOS TRES PILARES DE LA CONVERSIÓN PASTORAL

La conversión pastoral implica vivir un proceso, el de pasar de la cultura de conservación, eso que el Papa repetidamente denomina como el «siempre se ha hecho así», a una cultura misionera audaz, que nos lleva a salir de nuestra seguridad y de nuestra zona de confort y a sincronizar nuestros sueños con el sueño de Dios para su Iglesia. Tres columnas están a la base de este proceso. Cada una de ellas tiene identidad propia, pero todas tres se apoyan mutuamente y tienen como cimiento la nueva cultura misionera: la convicción profunda de que la Iglesia existe para evangelizar y de que, si no lo hace, está muerta y es estéril.

La conversión pastoral no es un simple *repinte* de algunos aspectos de la vida pastoral de nuestras parroquias, sino que implica que *nos metamos en obras* para hacer una transformación profunda, una renovación *del todo*. A ello nos invita el papa Francisco cuando en la *Evangelii Gaudium* nos dice: «Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación» (EG 36).

Estos tres pilares son, la **primacía de la evangelización**, la **transformación del liderazgo** y la **confianza en que el Espíritu Santo es el autor primero de todo el proceso de conversión**.

1.1. La primacía de la evangelización

Cuando hablamos de *evangelización*, no hablamos de cualquier cosa. Muchas veces decimos: «toda la actividad de los cristianos, todo lo que hacemos en la Iglesia, es evangelizar». Esto es una verdad a medias. Aquí hablamos de la evangelización entendida como el **proceso de creación de discípulos misioneros**. Como el cumplimiento real del mandato último de Jesús a los discípulos, antes de la ascensión: «Id,

pues, y *haced discípulos* a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» (Mt 28,19-20).

El crear y consolidar en las parroquias **espacios para hacer anuncio explícito**, posibilitando el encuentro personal con Jesucristo, y para **acompañar en procesos de discipulado** tiene que ser el objetivo primero y permanente en cada comunidad, que nos posibilita pasar de la pastoral de conservación a la pastoral misionera. Estos itinerarios, que han de ser al mismo tiempo personales y comunitarios, han de tener siempre un desarrollo común: primer anuncio, discipulado, incorporación a la comunidad, testimonio en el mundo.

1.2. La transformación del liderazgo

Para que el proceso de conversión pastoral sea posible, es necesario que alguien lo guíe o lidere. **El guía o líder² primero es el párroco.** Su liderazgo va a ser determinante para que el proceso vaya adelante. De modo parecido a como Dios suscitó un líder, Moisés, para llevar al pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto, a través del desierto, hasta la Tierra Prometida, Dios quiere encargar a los nuevos *Moisés* guiar el proceso de conversión de sus parroquias³.

Este liderazgo, evidentemente, no puede tener las características del de la época de cristiandad. El pastor que encabece la transición hacia la parroquia misionera no puede ser el hombre orquesta, responsable



de todo, que lo hace casi todo y que tiene colaboradores, pero no personas que sean corresponsables con él en la visión, en la programación y en las decisiones. **El nuevo párroco-líder ha de ser responsable *del todo*, pero no de todo. Ha de saber generar equipos y trabajar en equipo; descubrir las fortalezas de las personas que están con él, para hacer emerger otros líderes y para suscitar, animar y coordinar los ministerios laicales.** Toda su energía y la del equipo que con él co-lidera estará siempre puesta al servicio del proceso de creación de discípulos misioneros. Esta será la prioridad. Y la de ayudarles a descubrir los dones que el Espíritu reparte a cada uno para que los ejerza en servicio a los demás.

1.3. La confianza en que el Espíritu Santo es el autor primero de todo el proceso de conversión

El protagonista de la evangelización, el que hace posible la transmisión de la Palabra y la apertura de los corazones a la misma, es el Espíritu Santo. Así lo afirmaba rotundamente el papa Francisco en una homilía en la eucaristía en Santa Marta: «El Espíritu Santo es el auténtico protagonista del anuncio, que no se trata de una simple prédica o de la transmisión de unas ideas, sino que es un movimiento dinámico capaz de cambiar los corazones gracias a la labor del Espíritu. Hemos visto planes pastorales bien hechos, perfectos, pero que no eran instrumentos de evangelización, porque simplemente estaban enfocados en sí mismos, incapaces de cambiar los corazones. ¡Ese es el valor! La verdadera valentía de la evangelización no es una terquedad humana. No. Es el Espíritu quien te da el valor y te lleva adelante»⁴. Hablaba el papa comentando las lecturas de la Palabra de Dios de la fiesta de san Bernabé (Hch 11,21b-26;13,1-3; Mt 10,7-13); por eso continúa diciendo: «No es una actitud *empre-*



sarial la que Jesús nos manda hacer, no. Es con el Espíritu Santo. Dice la primera lectura: “Un día que ayunaban y daban culto al Señor, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la misión a que los he llamado”»⁵.

Seguramente en esto tenemos que hacer un esfuerzo grande, porque estamos acostumbrados a programar, a organizar, a hacer agendas, *sin dejar entrar al Espíritu* en nuestras reuniones. Lo más probable es que, si el Espíritu estuviera más en nuestras reuniones, nos desbarataría en no pocas ocasiones nuestros planes, como ocurrió en la primera sesión del Vaticano II, en la que se dio un vuelco total a lo que parecía que iba a ser el Concilio, para convertirlo en un concilio de la Iglesia y sobre la Iglesia⁶.

Él es el que mueve nuestros corazones a la vuelta a Dios y a sus proyectos, y el que, madurándonos con su fuego como discípulos misioneros, y posibilita que tome cuerpo en nosotros la llamada a la santidad que el Señor hace a cada uno de nosotros (ver GE 6; 10).

1.4. El equilibrio de los tres pilares

Los tres pilares son fundamentales para que la conversión pastoral pueda ser posible. Pero los tres han ir unidos. El proceso de evangelización es la acción principal, pero, si esta no está liderada por un párroco que comparte la visión de parroquia evangelizadora con su equipo, no será posible la renovación de la parroquia; o, si evangelizamos sin contar con que el Espíritu Santo va por delante de nosotros, poniendo en nuestros labios las palabras justas y en nuestras manos las acciones necesarias, y abriendo el corazón de aquellos a los que anunciamos, nuestra tarea evangelizadora, será pura propaganda, que no dará fruto; y si transformamos nuestro liderazgo, e implementamos nuevas formas de corresponsabilidad, pero no los ponemos al servicio del anuncio y a la escucha del Espíritu, nuestra parroquia se convertirán en una empresa que hace muy bien las cosas, o que las hace de una manera nueva, pero será evangélicamente estéril.

2 PRESUPUESTOS DE LA CONVERSIÓN PASTORAL

2.1. Ante todo, conversión

La conversión pastoral no puede empezar sino por la conversión personal. Se trata de un nuevo volver a Dios⁷. Regresar a sus caminos, como sugiere el segundo Isaías al pueblo que está en vísperas de ponerse en camino para regresar del destierro: «Que el malvado abandone su camino, y el malhechor sus planes; que se convierta al Señor, y él tendrá piedad, a nuestro Dios, que es rico en perdón. Porque mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos – oráculo del Señor–. Cuanto dista el cielo de la tierra, así distan mis caminos de los vuestros, y mis planes de vuestros planes» (Is 55,7-9). Podría parecer que el profeta habla de un desplazamiento geográfico puramente, pero no es así: se trata de un desplazamiento de la voluntad humana, para ponerse al servicio de lo que Dios quiere. Como en la primera alianza Dios «traía a su pueblo hacia sí» (ver Ex 19,4), ahora lo llama para que vuelva. También nosotros tenemos que volver a Dios, para hacer lo que él quiere y como él lo quiere.

No podemos dar por supuesto que ya estamos convertidos. Sí, tenemos la primera conversión: el Señor nos hizo suyos en el bautismo. Y nosotros hemos procurado vivir para él. Pero hay que hacer cada día la conversión segunda, **el encuentro con el Señor que nos cuestiona en cada etapa de nuestra vida y nos empuja a seguir renunciando a nuestros criterios, a nuestras preferencias, a nuestras opciones vitales.** Sabemos cuántas veces, aún estando convencidos del amor de Dios, escapamos de su presencia. Hacemos tareas religiosas, programamos actividades, discutimos de cuestiones teológicas o pastorales en nuestras reuniones sacerdotales y en nuestros grupos laicales, pero tendríamos que preguntarnos si de verdad el Señor es el sentido último de nuestras vidas, y si confiamos en él y en su capacidad para intervenir en la historia humana en este momento preciso a través de nosotros, para hacerla más como él quiere.

Para nosotros –el obispo, los presbíteros y los diáconos, los religiosos, los laicos comprometidos en las diversas tareas y en los variados ámbitos de la pastoral– la invitación a volver a Dios nunca es superflua. Porque es siempre el inicio de una vida nueva para nosotros y para los demás. Recordemos las palabras del papa Benedicto XVI, tan programáticas que han sido repetidas una y otra vez en el magisterio sucesivo: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (DCE 1). **No se comienza a ser cristiano, ni se es presbítero o diácono, ni se es religioso, ni se es discípulo evangelizador si no hay encuentro profundo con la persona de Jesús.** Así que, **si quieres comenzar o hacer avanzar en tu parroquia la conversión pastoral, tienes que estar dispuesto a emprender de nuevo un camino de conversión personal que te lleve a repensar tu ministerio, tu condición de religioso, tu ser de laico y de discípulo.** Volver a Dios. Y volver a Jesús, a configurarte con él: «Porque a los que había conocido de antemano los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que él fuera el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, los llamó» (Rom 8,29-30).

Es este un camino interior, costoso, que tiene repercusiones externas. Pero podemos hacerlo. Muchos santos que pasaron haciéndolo por esta tierra de olivos, como San Juan de Cruz o San Juan de Ávila, y que abrieron surcos nuevos a la Iglesia de su tiempo, nos dejaron un ejemplo a seguir.

2.2. Conversión fraterna y comunitaria

La conversión personal a Jesucristo es también conversión a su Reino, que es inseparable de su persona: «Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo esto se os dará por añadidura» (Mt 6,33). Pero esta conversión tiene irremediabilmente una dimensión comunitaria, porque «Dios, en Cristo, no redime solamente la persona individual, sino también las relaciones sociales entre los hombres» (EG 178).

Pero, ¿no damos por supuesto que el encuentro con el Señor nos lleva directamente al hermano? Sí, teóricamente es así. Pero si miramos nuestra realidad eclesial, nos damos cuenta de que **en la educación que hemos recibido, y en las prácticas que muchas veces hemos promovido y alimentado, la dimensión comunitaria está opacada o puesta en un segundo plano.** Como si la fe fuera algo entre el Señor y yo, un espacio sagrado que ha de ser respetado porque forma parte de mi intimidad. Todos conocemos a personas que, estando en nuestras parroquias, viven una relación sincera con el Señor, pero no están integradas en modo alguno en la comunidad. Esta es la educación que han recibido y les cuesta mucho trabajo romper ese esquema.

El papa Francisco nos exhorta repetidas veces en *Evangelii Gaudium* a salir de la autoreferencialidad y de la conciencia aislada. Vale la pena resaltar algunos textos de la exhortación apostólica:

«El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien (EG 2)».

«Solo gracias a ese encuentro –o reencuentro– con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que



humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?» (EG 8).

«La Iglesia *en salida* es una Iglesia con las puertas abiertas. Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas no implica correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido. Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino. A veces es como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad» (EG 46).

«El individualismo postmoderno y globalizado favorece un estilo de vida que debilita el desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas, y que desnaturaliza los vínculos familiares. La acción pastoral debe mostrar mejor todavía que la relación con nuestro Padre exige y alienta una comunión que sane, promueva y afiance los vínculos interpersonales. Mientras en el mundo, especialmente en algunos países, reaparecen diversas formas de guerras y enfrentamientos, los cristianos insistimos en nuestra propuesta de reconocer al otro, de sanar las heridas, de construir puentes, de estrechar lazos y de ayudarnos “mutuamente a llevar las cargas” (Ga 6,2)» (EG 67).

Esta dimensión comunitaria de la conversión remite de modo particular a la parroquia, la comunidad convocada en torno a la doble mesa de la Palabra y de la eucaristía (ver CP 6). El papa Francisco recuerda que «la parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración», y habla de ella como «comunidad de comunidades» (EG 28).

Por eso, aunque la parroquia «ciertamente no es la única institución evangelizadora, si es capaz de reformarse y adaptarse continuamente, seguirá siendo “la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas”. Esto supone que realmente esté en contacto con los hogares y con la vida del pueblo, y no se convierta en una prolija estructura separada de la gente o en un grupo de selectos que se miran a sí mismos» (EG 28).

2.3. Conversión del pastor y de la comunidad

Para que el proceso de conversión pastoral pueda ir adelante, **tiene que haber ante todo una conversión del pastor**. Y no solo en el sentido personal de que el pastor ha de volverse a Cristo para renovar su condición de discípulo y de bautizado, haciéndolas más auténticas, sino también en el sentido de que el pastor ha de poner en tela de juicio su modo de ser pastor, regresando a la llamada primera al ministerio, al momento en que dijo sí a su configuración con Cristo pastor, despojándose de los aditamentos que la historia y la costumbre han añadido.

«La conversión pastoral es la conversión de los pastores», recordó el papa Francisco a la presidencia del Consejo Episcopal Latinoamericano que se reunió con él en Roma tras la 36ª asamblea del CELAM. «La conversión pastoral no es fácil, pues el demonio golpea y distrae a los pastores, para que estos abandonen y descuiden a sus ovejas...». Por eso, sin desconocer que los cambios son lentos y exigen perseverancia, el Papa añadió: «Los obispos también están llamados a convertirse, para lo que es necesario orar, meditar la Palabra de Dios y estar cerca, muy cerca de la gente».

Esta conversión del pastor supone, como hemos dicho más arriba, la transformación del corazón, la vuelta al *primer amor*, a la llamada a la vocación, para preguntarse: ¿por qué un día lo dejé todo para servirte como sacerdote, Señor? ¿qué es lo irrenunciable a lo que tengo que agarrarme y de qué tengo que desprenderme para servirte y para servir mejor?

Pero la conversión del pastor implica también la conversión del paradigma del que depende su modo de regir y de actuar en la parroquia. Pasar de la autoreferencialidad a un liderazgo basado en la corresponsabilidad: el pastor, responsable junto a otros pastores responsables con él; y el pastor, responsable junto con diáconos, laicos y religiosos de la tarea pastoral. Ni a una cosa ni a otra –tenemos que reconocerlo– estamos acostumbrados. Es necesario que dejemos atrás la comodidad de lo conocido, para adentrarnos por caminos nuevos, con riesgos y posibles errores.

Implica también **dejar atrás el clericalismo**. El de los ministros ordenados, por un lado, que aparta a los fieles, porque no son capaces o porque los consideran de menor dignidad; pero también, por otro, el de los laicos, que, apoyándose en que la responsabilidad es del clero, inhiben la que a ellos les viene dada por su condición bautismal; o que, atribuyéndose realidades que no son propias de su estado, buscan el poder.

2.4. Conversión de las estructuras pastorales

A la conversión del pastor y de la comunidad le sigue la conversión de las estructuras parroquiales (también las diocesanas) con el fin de que estas sirvan más a la misión. Francisco nos empuja a soñar en grande, a ser creativos y audaces en la reforma de estas estructuras. Tanto en *Evangelii Gaudium* como en la *Instrucción* sobre la conversión de la parroquia el tema es insistente⁸. Y es que «hay estructuras eclesiales que pueden llegar a condicionar un dinamismo evangelizador; igualmente las buenas estructuras sirven cuando hay una vida que las anima, las sostiene y las juzga. Sin vida nueva y auténtico espíritu evangélico, sin “fidelidad de la Iglesia a la propia vocación”, cualquier estructura nueva se corrompe en poco tiempo (EG 26). Por eso, el papa nos invita a todos a «abandonar el cómodo criterio pastoral del “siempre se ha hecho así”» y a «ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades. Una postulación de los fines sin una adecuada búsqueda comunitaria de los medios para alcanzarlos está condenada a convertirse en mera fantasía. Exhorto a todos a aplicar con generosidad y valentía las orientaciones de este documento, sin prohibiciones ni miedos. Lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y especialmente con la guía de los obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral» (EG 33).

Es decir, todos los cambios que ocurran en la parroquia (en la diócesis) irán encaminados a poner como centro la misión y a posibilitar la creación de discípulos misioneros. Y los cambios entrarán en todo: en los horarios, en los espacios físicos, en las prioridades, en los modos

de hacer y de organizar, en el modo de suscitar y de ejercer los ministerios y las responsabilidades.



3 CAMBIANDO EL PARADIGMA

3.1. De las actividades (o servicios) a los procesos

Muchas de las personas que estamos hoy en la Iglesia hemos nacido en una sociedad en la que *todos* éramos cristianos. Nacíamos jiennenses o andaluces o españoles en el seno de una cultura y una sociedad que estaban impregnadas de lo cristiano. Nos bautizaban a los pocos días de nacer y nadie ponía en tela de juicio aquel sacramento, porque estaba asegurado que la semilla del Evangelio que nuestros padres pedían que se depositase en nosotros se iba a encontrar con un *humus* que la haría crecer y dar fruto. Se daba por supuesto que todos teníamos fe, aunque la verdad es que había mucha gente que no la tenía y que era reacia no solo a lo cristiano, sino incluso a lo religioso. Pero no nos parecía un grupo significativo. Los templos estaban llenos de creyentes a los que teníamos que atender. **La tarea fundamental de la Iglesia no era otra que la de ocuparse de los que estaban dentro. Eso nos llevaba mucho tiempo.** Nos hemos dedicado, entonces, a realizar actividades con diversos grupos y organizábamos nuestra pastoral por sectores: los niños, los jóvenes, los matrimonios, los ancianos... Y hemos gastado tiempo y esfuerzo en cubrir las necesidades que todos estos fieles tenían y les hemos dado el servicio adecuado, normalmente organizado en tres ámbitos: la palabra (sermones, catequesis, charlas, formación...), la celebración (bautismo, eucaristía, penitencia, bodas, exequias...) y la caridad (Caritas y otros ámbitos en los que se atiende a los pobres). No es que lo hayamos hecho mal, dejémoslo claro. Hemos tenido parroquias de servicios o actividades en la diócesis que han sido modélicas. Y muchos sacerdotes, religiosos y laicos entregados de tal manera que lo único que podemos hacer es quitarnos ante ellos el sombrero y agradecer su generosidad: gracias a ellos estamos nosotros donde estamos.

Y, sin embargo, **aunque este modelo ha sido válido y provechoso, no podemos negarnos a ver que hoy no nos sirve. Da por supuesto que todos tenemos fe.** Pero en la sociedad de hoy no es así. No

hemos de dar por supuesto que todas las personas, ni siquiera las que asistimos en los actos de culto, las que están inscritos en las cofradías, los que reciben catequesis o las que prestan su servicio en Cáritas, han tenido un encuentro personal con el Señor. **No es lo mismo tener fe que hacer actos de culto o tener un sentimiento religioso.** Ni es la fe solo un conjunto de contenidos doctrinales «sino el acto con que decidimos entregarnos totalmente y con plena libertad a Dios»⁹. Si en el momento presente no todos somos, en rigor, *creyentes*, es decir, hay mucha gente que no ha tenido un encuentro personal con el Señor y no ha hecho opción por él, **nuestra tarea fundamental** no es la de acompañar a los que ya están en la Iglesia, brindándoles actividades o espacios que cubran sus necesidades (cosa que, por supuesto, tenemos que seguir haciendo), sino **establecer la posibilidad de que los que no conocen al Señor o lo conocen poco puedan hacer procesos personales de crecimiento en la fe.** Dicho en una frase, **el reto de la Iglesia de Jaén de hoy no es hacer cosas con y para los que ya son cristianos, sino generar cristianos nuevos; y eso no se hace a base de actividades, sino estableciendo procesos**¹⁰ en los que las personas puedan crecer personal y comunitariamente.

La formación de discípulos misioneros sigue siempre estos pasos: primero el encuentro con Jesucristo (un primer anuncio del Evangelio al que sigue una primera adhesión personal de fe); **después el discipulado** (en el que el creyente madura progresivamente en el conocimiento, el amor y el seguimiento del Señor); **la comunión** (porque el creyente es acompañado para vivir su fe en comunidad y en fraternidad); **después la misión** (el creyente comparte con otros su alegría y sale a anunciar a otros a ese Cristo con el que él se ha encontrado y que le ha cambiado la vida).

3.2. De privilegiar el espacio a privilegiar el tiempo

El hacer una pastoral de actividades o de servicios irremediablemente nos lleva a crear y a mantener espacios propios en los que llevarlas a cabo. Y hacer actividades en nuestros espacios nos lleva a sentir que tenemos *la vida llena*, que estamos cumpliendo con la tarea. Nos da

seguridad. Lo normal es que en esos espacios nos sintamos a gusto (iglesia grande para celebraciones masivas, capilla pequeña para celebraciones cotidianas, salas para reuniones, salón de actos, patio, atrio...). Pero, en este tipo de pastoral, la mayoría de las actividades que programamos y realizamos son puntuales. Organizamos eventos, sin que estos formen parte de un proceso. Nos contentamos porque hemos tenido bastante gente, o porque la gente ha respondido bien, o porque quienes han recibido el servicio (un bautismo, una boda...) se han ido contentos y agradecidos. Pero, una vez acabado el evento, no hay más nada. Pasar de una pastoral de actividades a una pastoral de procesos supone dar prioridad al tiempo sobre el espacio. ¿Que quiere decir esto? Que **no podemos contentarnos con hacer actividades puntuales, sino que tenemos que convencernos de la necesidad de la paciencia para acompañar en el tiempo, de modo que las personas y los grupos puedan crecer en la fe. Nuestras acciones y eventos deberían estar siempre dirigidos a generar y alimentar procesos personales y grupales** en los que los indiferentes pasan a creer, los creyentes se convierten en discípulos, los discípulos se sienten llamados a testimoniar la fe y a poner en otros la chispa que empieza un nuevo proceso.

Un ejemplo: seguimos haciendo estadísticas sobre los sacramentos realizados (primeras comuniones, bodas por la Iglesia, confirmaciones) pero carecemos de información, más allá de intuiciones más o



menos desesperanzadas, sobre la evolución de las personas que comulgan, se casan o se confirman. ¿Nos preguntamos por los efectos que tienen en su vida esos encuentros con la Iglesia?

«Darle prioridad al espacio lleva a enloquecerse para tener todo resuelto en el presente, para intentar tomar posesión de todos los espacios de poder y autoafirmación. Es cristalizar los procesos y pretender detenerlos. Darle prioridad al tiempo es ocuparse de iniciar procesos más que de poseer espacios. El tiempo rige los espacios, los ilumina y los transforma en eslabones de una cadena en constante crecimiento, sin caminos de retorno. Se trata de privilegiar las acciones que generen dinamismos nuevos en la sociedad e involucren a otras personas y grupos que las desarrollarán, hasta que fructifiquen en importantes acontecimientos históricos. Nada de ansiedad, pero sí convicciones claras y tenacidad»¹¹.

Privilegiar el tiempo, pues, nos lleva a iniciar y a acompañar procesos que se dilatan en el tiempo. Dios se manifiesta en el tiempo, se encarna, se revela y está siempre presente en la historia, de tal modo que, como los discípulos con Jesús, el cristiano debe seguir, debe caminar con, renunciando a la seguridad de los espacios.

Tenemos que añadir que **la afirmación de la superioridad del tiempo sobre el espacio no excluye el valor de los lugares, porque Dios se ha revelado no solo en un tiempo sino también en lugares determinados**. Pero la misma dinámica de la revelación empuja a cualquier lugar, a cualquier espacio, a abrirse a la universalidad, porque allí Dios comenzó un proceso que, a través de la respuesta libre del hombre, está destinado a alcanzar a todos los pueblos hasta los confines de la tierra (ver Mt 28,19).

3.3. Del mirar hacia dentro al mirar hacia fuera, desde la otra orilla

Privilegiar el espacio sobre el tiempo nos induce a mirarnos a nosotros mismos, a los que estamos, a los que nos sentimos ya parte, sin darnos cuenta de que nunca terminamos de ser parte de Cristo ni de la Iglesia, de que estamos en un proceso continuo de crecimiento. Da la impre-

sión de que a veces es como si parásemos el tiempo y dividiéramos a las personas en dos grupos: lo que están y los que no están; los creyentes y los que no lo son; los cercanos y los alejados. Paramos mentalmente los procesos, evitando ver que hay un camino entre el no estar y el estar, entre el no creer y el creer, entre el estar alejado y acercarse al Señor; un camino, un proceso, que todos tenemos que hacer. Cuando evitamos mirar el proceso nos centramos en nosotros, como si los que *todavía no han llegado* no existieran. Pero **el mandato evangélico nos impulsa a mirar hacia fuera. Y el magisterio actual a convertirnos en una «Iglesia en salida».**

Esto supone **ponernos en la piel de los otros, del otro, del que no conoce al Señor o lo conoce poco, para entender lo que siente y lo que necesita.** Significa *ir a la otra orilla*, como hizo Jesús, para evangelizar desde la otra orilla, no desde la nuestra, donde tenemos seguridad y rutinas aprendidas. Significa hablarle al otro como el otro necesita, pero escucharlo antes, para conectar con su sed, con su necesidad, con sus aspiraciones más profundas. Eso lo hizo Jesús, se puso al nivel de la gente humilde (también Pablo recomendaba esta actitud a sus acompañados: ver Rm 12,16), y en lugar de ser un maestro que comentaba las leyes (como hacían los maestros de la época) se convirtió en un predicador que contaba historias. Curiosamente, la gente terminaba diciendo que «enseñaba con autoridad y no como sus escribas» (Mt 7,29).

3.4. Del pastor con su rebaño a los equipos pastorales

La mayoría de los sacerdotes de Jaén que hoy son párrocos en nuestra dilatada geografía diocesana fueron formados en unos seminarios en los que aprendieron que el sacerdote es el pastor de una comunidad. Está claro en el derecho canónico: «La parroquia es una determinada comunidad de fieles constituida de modo estable en la Iglesia particular, cuya cura pastoral, bajo la autoridad del obispo diocesano, se encomienda a un párroco, como su pastor propio» (CIC 515, §1). Asumieron que lo normal es que el párroco tenga «la cura de una sola parroquia» (CIC 526, §1)¹². Y que lo mejor es que viva «en la casa parroquial,

cerca de la iglesia» (CIC 533, §1)¹³. Y los fieles de las parroquias veían, en general, esto como un ideal a mantener. Y **tanto el clero como el laicado nos acostumbramos a imaginar que el ideal óptimo es un pastor con su rebaño.**

Esto era bueno. Era un modo de concebir la Iglesia basado en el derecho canónico y en la teología. Y tuvo sus consecuencias pastorales, como, por ejemplo, la creación de un buen número de nuevas parroquias en zonas de expansión de algunas poblaciones.

Pero lo que entonces era un ideal, hoy, por diversos motivos¹⁴, es irrealizable. Lo que el *Derecho Canónico* ha presentado hasta hoy como una posibilidad más allá del ideal al que nos hemos referido se convierte en el momento actual en el modo nuevo de afrontar el reto de hacer presente el Evangelio en una sociedad que ha evolucionado con una rapidez asombrosa. La instrucción *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia*, emanada de la Congregación para el Clero en 2020, aclara que «desde hace algunas décadas, a la parroquia y a las vicarías foráneas, ya previstas por el Código de Derecho Canónico vigente, se han agregado expresiones como *unidad pastoral* y *zona pastoral*. Estas denominaciones, de hecho, definen formas de organización pastoral de la diócesis, que reflejan una nueva relación entre los fieles y el territorio» (CP 43). Y para dejar claro que no se trata de un mero cambio superficial de nomenclatura, añade: «En el tema de las “unidades” o “zonas pastorales”, obviamente nadie piense que la solución a los múltiples problemas de la



hora presente se encuentre en una simple nueva denominación de realidades ya existentes. En el corazón de este proceso de renovación, evitando sufrir el cambio y comprometerse más bien a promoverlo y orientarlo, se encuentra, por el contrario, la exigencia de **identificar estructuras a través de las cuales reavivar la vocación común a la evangelización** en todos los componentes de la comunidad cristiana, en orden a una más eficaz cura pastoral del Pueblo de Dios, en el cual el *factor clave* solo puede ser la proximidad» (CP 44).

Las unidades o zonas pastorales suponen un cambio de mentalidad que estamos intentando promover, pero que no nos resulta fácil de asumir, porque **supone romper esquemas aprendidos y cristalizados**. **Primero:** exige a los sacerdotes estar dispuestos a trabajar en común y no como islas cada uno en su parroquia. **Segundo:** se nos pide a laicos y clero estar dispuestos a entender la responsabilidad como co-responsabilidad y pasar del liderazgo único del sacerdote al liderazgo compartido, creando equipos pastorales formados por sacerdotes, diáconos, religiosos y laicos, que asuman la animación pastoral de comunidades en clave misionera¹⁵. **Tercero:** las comunidades han de hacer el esfuerzo para comprender la nueva situación no como una privación del párroco *que nuestra parroquia tuvo desde siempre*, sino como un nuevo modo de configurarse como comunidad, como familia de familias, en la que todo (no solo el párroco) se comparte y en la que la sinodalidad y el discernimiento comunitario son claves. **Cuarto:** irremediabilmente tendremos que dejar brotar en nuestras comunidades diversos ministerios, instituidos o no, que son fruto de la presencia del Espíritu Santo, promotor fundamental del cambio y alma que anima desde dentro a nuestra Iglesia¹⁶.

Este cambio estructural es costoso, porque nos faltan mimbres (tanto por parte del clero como del laicado) para tejerlo y no podemos pensar ingenuamente que con dibujar un mapa con una configuración diocesana nueva, bien pensada, lo tenemos todo hecho. Lo decíamos al principio de este documento, el cambio estructural comienza con una conversión personal. Tendremos que trabajarla, así como la formación que nos capacite para crear este modo, para casi todos nuevo, de ser Iglesia.

3.5. El cambio de la cultura de la comunidad

La cultura es la forma en que nosotros modelamos el mundo. Es una combinación del lenguaje que usamos, de los artefactos que utilizamos, de los rituales que practicamos, de los valores y la ética que desarrollamos, y de las historias o narrativas que creamos para dar sentido a nuestro mundo. **Nosotros modelamos la cultura; pero, a la vez, la cultura que hemos creado nos modela a nosotros.** A menudo la cultura es intangible, vivimos y nos movemos en su interior, sin embargo, no siempre somos conscientes de ella y de la forma en que nos influye¹⁷. Cada parroquia y cada grupo cristiano crean una cultura que los sostiene. Nuestras intenciones, nuestra visión, se encarna en un modo de hacer y de vivir, que se refleja en el devenir cotidiano. Pero, además, como estamos en interacción, cada una de nuestras *culturas parroquiales* tiene algo en común con las demás, que están cerca.

Expresamos nuestra cultura eclesial en los carteles que ponemos en las carteleras de nuestros edificios o a través de los textos y las fotos que colgamos en nuestras páginas web o en la estética de nuestros altares... Y esa cultura no siempre tiene que ver con los valores a los que aspiramos. Es la combinación de los valores reales, de los que vivimos cada día, y de las acciones concretas que moldean la trama y el tejido de nuestra vida cotidiana y de los momentos grandes que compartimos como Iglesia.

Por eso tenemos que estar continuamente atentos, para que, **si nos definimos por unos valores (por ejemplo, la misión o la acogida...), sean realmente esos valores los que motiven nuestra acción y nuestra organización.** Porque puede pasar que queramos hacer la conversión pastoral y definamos muy bien los valores que deberían estar a la base de nuestra *nueva cultura eclesial* y, sin embargo, hagamos cosas que no potencien esos valores o que incluso vayan en contra de ellos. Tenemos que asumir que la *salud* de una parroquia (comunidad, arciprestazgo...) depende de la coherencia entre los valores a los que aspira y los que en realidad la mueven.

La cultura en la que nos movemos en la Iglesia hoy es, a nuestro pesar una cultura de conservación, y tenemos que crear una cultura misionera. Es decir, si conseguimos que realmente los valores que nos muevan en nuestro quehacer pastoral y en nuestro modo de pertenecer a la Iglesia sean aquellos que potencian la primacía de la evangelización, estaremos construyendo una nueva cultura. Por eso es tan importante **empezar por el *porqué***, por la razón de ser, por la pregunta ¿para qué existe la Iglesia? Y es que, respondiendo a esta pregunta, empezamos a tomar cartas en el asunto de trasformarlo todo en orden al cumplimiento de esa razón de ser.

Esto tiene que ver con lo que anotábamos en el epígrafe anterior: la estructura pastoral diocesana no cambiará de verdad solo derrumbando estructuras decadentes o fusionando parroquias o poniéndolas bajo la atención pastoral de un mismo párroco. Ninguna de estas acciones será suficientemente provechosa si no abordamos el problema subyacente de la cultura que las anima.

4 RECORRIENDO UN (LARGO) CAMINO

Lo habíamos leído en los libros especializados sobre el tema y los textos magisteriales nos dan cuenta de ello, pero el itinerario emprendido en la Diócesis durante el curso 2022-2023 nos ha hecho experimentar en propia carne que el proceso de conversión pastoral no es fácil. Implica tener un propósito claro del destino al que se quiere llegar (definir la misión y la visión), implicar personas (cultivar y transformar el liderazgo y la corresponsabilidad), cambiar estructuras, y trazar y seguir una hoja de ruta (tener claros los valores y programar de acuerdo con ellos). La conversión pastoral es un proceso que necesita tiempo y paciencia, estabilidad de los pastores y capacidad de trabajo en común de aquellos y de los laicos. **Crear una parroquia misionera es tarea que puede llevarnos bastantes años.**

Como se trata de un proceso, podríamos decir que **tiene sus etapas**: la inicial (la conversión de las personas), la intermedia (la conversión de las estructuras) y la final (la parroquia misionera).

4.1. El punto de partida

El punto de partida del proceso de conversión pastoral es lo que llamamos **la parroquia de conservación, de mantenimiento o de administración**¹⁸. La mayoría de las parroquias que no han empezado su proceso de conversión pastoral están en lo que llamamos habitualmente la *conservación*: un modelo que viene de la cristiandad y que se nos manifiesta francamente inadecuado para responder a los retos que el mundo le plantea hoy a la Iglesia.

Como apuntábamos más arriba, no se trata de mirar para atrás y juzgar lo que han hecho nuestros antepasados y nosotros mismos en años pretéritos, como si todo hubiera sido inútil o errado. No. Tenemos que reconocer el valor de nuestro pasado y ser agradecidos con quienes nos han traído hasta donde estamos. Pero la cuestión es que la sociedad está en continuo cambio, un cambio vertiginoso, y está urgiéndonos a

hacer una nueva evangelización, una evangelización «nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión», tal y como la definió tantas veces san Juan Pablo II; y en consecuencia nos está llamando a una conversión pastoral para que la evangelización sea posible.

La parroquia de conservación o de administración se centra, como la misma expresión indica, en conservar lo que se tiene; **nos aferramos a este modelo, pero al mismo tiempo, trágicamente nos damos cuenta de que cada vez tenemos menos que conservar**: decrece la práctica sacramental, el domingo con su eucaristía ha dejado de ser significativo para muchos creyentes, nos encontramos con demandantes de servicios religiosos para los que el pedirlos no implica adhesión ni pertenencia alguna a la Iglesia, y esta es cada vez más irrelevante ante la sociedad.

El perfil del párroco de una parroquia de conservación es autorreferencial. Es el hombre orquesta responsable de todo y por el que todo tiene que pasar. Siendo así, conforme pasa el tiempo, cada vez tiene más tareas pero menos disponibilidad para las personas, y aumenta en él la sensación de no llegar a ningún sitio.

Una parte importante de los esfuerzos y de la economía parroquial se invierte en el mantenimiento de unos edificios que se van convirtiendo en «museos», y que cada vez albergan a menos parroquianos.

4.2. La primera etapa: conversión de las personas

El primero que tiene que convencerse de que es necesaria (¡y posible!) la conversión pastoral de la parroquia es el párroco. Él tiene que ser el líder principal de cambio¹⁹. Pero no podrá emprender este camino él solo: necesita de los laicos y los religiosos, si los hubiera²⁰.

De la misma manera, aunque haya un grupito de laicos convencidos de la necesaria transformación misionera de la comunidad parroquial y con ganas y capacidad de acometerla, si no cuentan con el convencimiento del pastor, será difícilísimo iniciar el proceso.

Son necesarios todos: un pastor (o pastores) y un pequeño equipo de laicos (si hay algún religioso, miel sobre hojuelas) que compartan la visión de la parroquia renovada.

Esto exige necesariamente ponerse ante el Señor, **invocar al Espíritu personalmente y en grupo, pero también informarse y formarse.** La diócesis ofreció el curso pasado el *Programa de liderazgo sacerdotal* impartido por el *Instituto Autem de liderazgo pastoral*, en el que participaron una docena de sacerdotes. Este curso volverá a ofrecerse. Junto con él, *Autem* ofrece el *Programa de liderazgo pastoral para laicos*, online, dirigido a aquellos que forman parte de los equipos parroquiales que, junto con sus pastores, han iniciado o quieren iniciar el proceso transformador misionero. Animamos a unos y a otros a participar de estos programas.

La primera fase del viaje en la renovación de la parroquia comienza cuando **este equipo empieza a poner en marcha un plan dirigido a la consecución de un propósito: hacer discípulos misioneros.** Para ello, necesitarán **implementar una experiencia de primer anuncio y trazar un itinerario de discipulado.** No será fácil, en la mayoría de las parroquias hay una inercia que nos permite a duras penas cambiar los esquemas: no estamos acostumbrados a hacer primer anuncio ni tampoco a acompañar procesos de discipulado. Estas dos acciones no han formado parte de nuestra cultura parroquial de mantenimiento a la que más arriba nos hemos referido. Por lo tanto, vamos a necesitar convencernos nosotros mismos de lo irrenunciable de este modo de comenzar y trabajar dura y persistentemente, venciendo desánimos y obstáculos.

La *Instrucción* sobre la conversión de la parroquia, refiriéndose al tema, dice: «La conversión de las estructuras, que la parroquia debe proponerse, requiere en primer lugar un cambio de mentalidad y una renovación interior, sobre todo de aquellos que están llamados a la responsabilidad de la guía pastoral. Para ser fieles al mandato de Cristo, los pastores, y en modo particular los párrocos, *principales colaboradores del Obispo*, deben advertir con urgencia la necesidad de una reforma misionera de la pastoral» (CP 35). Y, junto al papel de ellos, se refiere también al de los laicos: «El clero no realiza solo la transformación requerida por el Espíritu Santo, sino que está involucrado en la conversión que concierne a todos los miembros del Pueblo de Dios.

Por tanto, se requiere “buscar consciente y lúcidamente espacios de comunión y participación, para que la Unción del Pueblo de Dios encuentre sus mediaciones concretas para manifestarse”» (CP 37).

En esta primera etapa del proceso habría que conseguir:

- ☑ Que el párroco se formara en el liderazgo pastoral.
- ☑ Que se creara un equipo que, junto al párroco, liderara la conversión de la parroquia; para ello este equipo necesita también formarse.
- ☑ Definir la visión de la parroquia, declararla y comunicarla, para que vaya calando en la comunidad.
- ☑ Elegir un método de primer anuncio para generar la experiencia en la parroquia; y crear un equipo que lo mantenga.
- ☑ Dibujar un proceso de discipulado en el que se puedan integrar los que han participado en la experiencia de primer anuncio.
- ☑ Cuidar la acogida en las celebraciones dominicales, pero también en los demás ámbitos de la vida parroquial.
- ☑ Dar espacio a la intercesión y a la alabanza, incluso transformando la música y el coro.
- ☑ Detectar las personas que podrían ejercer diversos ministerios, partiendo de las fortalezas que estas poseen, y comenzar a crear una renovada estructura ministerial en la parroquia.

4.3. La segunda etapa: conversión de las estructuras

El paso a la segunda etapa del proceso ocurre cuando **en la parroquia empiezan a evidenciarse signos de que el cambio de cultura está ocurriendo**. Por ejemplo, cuando es ostensible que hay ya un grupo grande de personas que han pasado por el primer anuncio, gente que se ha encontrado por primera vez con el Señor o han vivido un reencontro personal y fundante, y han estado ya en un itinerario de discipulado. Estas personas, que han sido evangelizadas se convierten en los impulsores de la evangelización de otras. Entonces las iniciativas de primer anuncio y de discipulado, que en un principio aparecían

como actividades, se convierte en partes de un proceso que se asume como el proceso normal que han de vivir los creyentes.

Esa etapa es hermosa, porque empiezan a verse los frutos de cambio; pero entraña una dificultad grande, porque en ella pueden surgir las añoranzas de *lo que perdemos* y la oposición y reticencias de los que no entienden el cambio se hacen más fuertes. Más arriba hablábamos de la metáfora de Moisés y la salida de Egipto. Retomándola, podríamos hacer nuestra la experiencia del pueblo que siente vértigo caminando hacia la libertad, y echa la mirada hacia atrás: «¡Ojalá hubiéramos muerto como nuestros hermanos, delante del Señor! ¿Por qué has traído a la comunidad del Señor a este desierto, para que muramos en él nosotros y nuestras bestias? ¿Por qué nos has sacado de Egipto para traernos a este sitio horrible, que no tiene grano ni higueras ni viñas ni granados ni agua para beber?» (Núm 20,3-5)²¹. Con todo, el cambio estructural, que ha instaurarse con firmeza, tendrá que hacerse con flexibilidad y gradualidad²², y con un respeto absoluto a quienes no lo entienden y, a veces, no lo secundan.

En esta etapa tendremos que aprender a decir que no a muchas cosas: a algunas antiguas, que forman parte de una cultura que estamos viendo que se ha de desmoronar; a algunas nuevas, en forma de eventos, que, aun siendo atractivos, pueden derivar nuestras energías del objetivo fundamental: hacer discípulos. Por lo tanto, la clave estará en centrarnos en todo lo que suma fuerzas para conseguir esa meta.

Hay algunos indicios que nos dirán que esta etapa segunda está ocurriendo:

- ☑ Los métodos y los programas que hemos trazado se convierten en un proceso de discipulado que la comunidad parroquial empieza a asumir como lo natural que ha de vivir cada creyente.
- ☑ Simplificamos la estructura parroquial y la planificación, para centrarnos en aquello que nos conduce hacia el objetivo fundamental.
- ☑ Descubrimos las fortalezas de las personas y creamos una estructura ministerial basada en estas fortalezas, que se convierten en servicios puestos al servicio de la comunidad.

- ☑ El equipo de conversión de la parroquia aparece como un equipo unido, que empuja con suavidad, pero con constancia para que el cambio se consume.

4.4. La tercera etapa: la parroquia misionera

La tercera etapa sería el horizonte: cuando **la parroquia se convierte en una comunidad misionera, compuesta por discípulos que, habiéndose encontrado con el Señor en el seno de la comunidad, siente que su tarea principal en la vida es anunciar su Buena Noticia para que otros puedan vivirla y a su vez comunicarla**; cuando la cultura parroquial se ha transformado de tal modo que el anuncio del Evangelio forma parte de su ADN y quienes se acercan a ella, lo perciben; cuando la parroquia está dispuesta a ayudar a otras parroquias a emprender su propio camino de conversión, colaborando, acompañando, pero sin imponer modelos ni esquemas rígidos.

Cuidado. No podemos pensar esta etapa como de *punto de llegada*, pues, como desde el principio hemos hablado de proceso, el final del proceso es un nuevo principio, porque la parroquia ha de seguir en renovación constante, para responder a los retos que el mundo pone ante sus ojos. Pero, si es que de verdad se ha construido una nueva cultura parroquial, la apertura al cambio, la revisión constante, el oído



abierto para escuchar a todos... formarán parte del nuevo modo de ser parroquia.

Algunos indicativos de esta tercera etapa son:

- ☑ La convicción asumida por la mayoría de los miembros de la comunidad de que cada cristiano es una misión y de que la parroquia o es misionera o es estéril²³.
- ☑ La consolidación del proceso de discipulado.
- ☑ La estructura y organización ministerial funciona con fluidez.
- ☑ La nueva cultura se consolida con la incorporación de los valores más difíciles de conseguir.
- ☑ La comunidad parroquial está incluso en condiciones de enviar misioneros *ad gentes*.

5 CULTIVANDO LOS 10 INDICADORES DE LA PARROQUIA MISIONERA

Hemos señalado el reto: transformar nuestras parroquias y comunidades de mantenimiento en parroquias y comunidades cuyo centro es la evangelización. Cuando nos planteamos una transformación tan profunda como las que necesitamos poner en marcha en la actualidad, resulta durísimo partir de cero; **es necesario y bueno mirar lo que han hecho otros** en esta línea. No basta con que nos pongamos a pensar en nuestro equipo y discernamos qué se puede hacer y cómo orientar nuestros esfuerzos para que el anuncio evangelizador sea el motor y la razón de ser fundamental de nuestra existencia: el camino se hace algo más llano cuando aprendemos de las experiencias de otros. **No se trata de proponer parroquias modelo**, y esto por dos razones. La primera, porque en la dilatada geografía de nuestra Diócesis nos encontramos parroquias con características muy diversas: desde las rurales a las urbanas; desde las tradicionales, con prácticas mantenidas por mucho tiempo, a las de reciente creación con un tono menos solemne; desde aquellas que cuentan con un abigarrado racimo de prácticas de piedad popular a las que la conocen escasamente. La segunda razón es que los estudios realizados no hablan de parroquias modelo, sino de **un conjunto de buenas prácticas o de un elenco de valores o indicadores que están a la base de la transformación misionera de las comunidades**²⁴. Estas buenas prácticas o valores son como el cimiento sobre el que construir el nuevo edificio de la parroquia. Los que sustentan la nueva cultura de la que puede surgir la parroquia evangelizadora. «Aunque la Iglesia sea la novia inmaculada de Cristo, y sea por lo tanto de esencia divina, también es plenamente humana. Por lo tanto, apostamos sobre seguro cuando propugnamos que todo aquello que posibilita a una organización humana ser saludable contribuirá de igual manera a la salud de nuestra Iglesia. [...] Si el cimiento humano de la Iglesia no es sano, entonces dará igual lo intenso o sincero que sea nuestro compromiso espiritual, pues nuestros cimientos serán una mezcla de barro y hierro»²⁵.

La cultura de cualquier organización o grupo humano se refleja en lo que se valora de verdad. Pero los valores de la cultura no se ven primariamente por lo que se proclama abiertamente, sino por lo que se

hace o se deja de hacer. Se comunican a través de lo que se celebra, se tolera, o se presupone. Jesús dijo que se construye sobre roca cuando *se escucha y se pone en práctica* su Palabra. No basta con escuchar, ni es suficiente declarar con palabras lo que se valora. Nuestra manera de actuar demuestra de verdad cuáles son nuestros verdaderos valores. Si queremos identificar cuales son los valores de nuestra parroquias, vale que nos preguntamos en qué gastamos nuestro tiempo y nuestro dinero. Si decimos que uno de nuestros valores es la evangelización, miremos cuánto dinero y cuánto tiempo gastamos en ella y nos daremos cuenta si de verdad la evangelización es para nosotros una prioridad.

Pues **hay una serie de valores que aparecen como comunes en Iglesias que aparecen sanas y que están creciendo**. Son distintos de los que potencian las Iglesias en declive. Los valores de las Iglesias sanas se pueden transmitir. Es decir, que cualquiera que sea la parroquia, pequeña o grande, rural o urbana, tradicional o de nueva creación, si de verdad asume estos valores y los convierte en el fundamento de todo lo que hace y dice, le traerán salud y la salud llevará al crecimiento de la parroquia; es decir, la convertirá en una parroquia capaz de generar discípulos misioneros. Aunque cada valor se manifestará de modo diverso en cada parroquia. El modo en que una parroquia desarrolla y manifiesta un valor determinado no tiene por qué ser el mismo que en otra parroquia, pues lo que trae la salud y da pie a la transformación son los valores, no la imitación de las acciones que otra parroquia ha realizado.

Presentamos aquí brevemente el resumen de esos valores o indicadores que están al pie de la construcción de parroquias evangelizadoras.

5.1. Dar prioridad al *Día del Señor*

Cuidar la celebración de la eucaristía dominical para hacer de ella la mejor experiencia posible para el máximo número de gente tendría que ser para nosotros una prioridad (Ver DD 34). Debería ser como una *producción* en el mejor sentido de la palabra: todo lo que en ella ocurre tendría que estar preparado con delicadeza y con dedicación. Los fieles deberían salir con un sentimiento de asombro, diciendo

«¡Qué bien!». El segundo epígrafe de la carta apostólica *Desiderio desideravi*, que lleva como título «La liturgia, lugar del encuentro con Cristo» (números 10-13), nos recuerda una expresión muy significativa de la Carta que Juan Pablo II escribió a los 25 años de la publicación de la *Sacrosanctum Concilium*: «La liturgia es el lugar pri-

«¡Este es el día
que hizo el Señor:
sea nuestra alegría
y nuestro gozo!»
(Sal 118,24)

villegiado de encuentro con Dios y con quien él envió, Jesucristo» (VQA 7). **Si lo que una parroquia misionera busca es el encuentro de las personas con el Señor, no puede descuidar el encuentro dominical.**

Pero, por desgracia, con demasiada frecuencia, la eucaristía del domingo es algo secundario con respecto a todo lo demás que hay que hacer durante la semana. Si el fin de semana es una prioridad, entonces necesitaremos tiempo para que todos podamos reunirnos, celebrar y conectar antes, durante y después de la eucaristía.

El problema que tenemos es que los horarios de misa están tan cerca unos de otros que el sacerdote tiene que subirse corriendo a su coche y trasladarse a la siguiente iglesia para la siguiente misa. La pregunta que se nos plantea entonces es si realmente valoramos una celebración de la eucaristía transformadora. ¿Estamos dispuestos a cambiar los horarios de misa o a quitar misas para permitir *más espacio para respirar* entre cada eucaristía?

Por otro lado, tenemos la idea de que la misa ha de durar media hora (bueno, ¡ya hemos conseguido que se vea normal que los domingos dure cuarenta y cinco minutos!). Esta limitación no es universal en la Iglesia. Los católicos españoles nos hemos habituado a las *misas express* a causa de las limitaciones de la práctica pastoral de un tiempo en el que nuestras iglesias estaban llenas e ir a la iglesia era un valor social. Este hábito también fue reforzado por la disciplina del ayuno desde la medianoche anterior. Pero, aunque estas condiciones ya no existen, la práctica de la misa breve sigue en vigor como si fuera un mandamiento: «no cometerás misas de más de media hora».

Tenemos que **desafiar esta cultura minimalista y de conveniencia para devolver al domingo su contenido original.**

5.2. Cuidar la hospitalidad

La diferencia entre un club y una Iglesia es que un club existe para beneficio de los miembros que han elegido pertenecer a él y la Iglesia existe principalmente para beneficio de aquellos que no pertenecen a ella. Aunque esto habitualmente se nos olvida.

El papel fundamental del párroco sería liderar un cuerpo de misioneros para poder llegar a los que están lejos, y no solo cubrir las necesidades de sus feligreses.

Esta orientación misionera es la identidad que necesitamos rescatar. Por

eso, la hospitalidad es uno de los valores fundamentales de las parroquias evangelizadoras. La hospitalidad supone, por lo tanto, **ser amigables con nuestros amigos y con la gente que siente, piensa y habla como nosotros, pero también tender la mano a los extraños.**

Quizás, el primer paso para adoptar el valor de la hospitalidad es comenzar creando en la parroquia un equipo de acogida. No en todas las parroquias se puede hacer igual. En algunas, la acogida puede hacerse antes de la celebración; en otras, hay que hacerla después. Algunas parroquias tiene un atrio o un cancel que posibilita el encuentro antes o después de la eucaristía. Con la hospitalidad tiene también que ver la limpieza y el orden: la gente ha de sentir que entra en un lugar acogedor.

Las primeras palabras registradas sobre el ministerio de hospitalidad en la comunidad se encuentran en la Carta de Santiago, que regaña a los cristianos que dan preferencia a los pudientes: «Suponed que en vuestra asamblea entra un hombre con sortija de oro y traje lujoso, y entra también un pobre con traje mugriento; si vosotros atendéis al que lleva el traje de lujo y le decís: “Tú siéntate aquí cómodamente”, y al pobre le decís: “Tú quédate ahí de pie” o “siéntate en el suelo, a mis pies”, ¿no estáis haciendo discriminaciones entre vosotros y convirtiéndoos en jueces de criterios inicuos?» (Sant 2,2-4).

«Porque fui forastero
y me hospedasteis»
(Mt 25,35)

Por muy acogedores que queramos ser en la liturgia, sin embargo, la celebración es *dura* para aquellos que no están habituados a asistir a ella. Porque la liturgia es la alabanza de los iniciados, y, por su naturaleza misma, no resulta significativa para los que no lo están, sino que más bien les hace sentirse excluidos. La liturgia católica presupone el conocimiento básico de la Escritura, así como gestos, posturas, oraciones y rituales que, a menudo, son extraños para los que no asisten regularmente. Pero da la impresión de que damos por supuesto que todos deberían saber qué hacer, y valorar lo que los iniciados hacemos.

Cuando se reúnen personas de diferentes orígenes, mentalidades y grados de pertenencia a la Iglesia, como ocurre en bodas o funerales, por ejemplo, lo primero que debemos hacer es darles la bienvenida e invitarlos a que entren en nuestro culto, en la medida de sus posibilidades. **Han de sentir que sabemos que están ahí y que valoramos su presencia aunque no estén habitualmente.**

El objetivo último de hospitalidad es brindar una bienvenida tan buena a los invitados, que ellos mismos decidan unirse a la parroquia, e incluso ayudar a acoger a otros que lleguen nuevos.

Pero la hospitalidad **no puede estar ligada solo a la celebración, sino que ha de llegar también a otros servicios y ámbitos de la parroquia como pueden ser la atención en el despacho parroquial o en el archivo o en el trabajo de Cáritas.** Asombra la sorpresa con la que algunas personas se marchan de la parroquia después de venir para algún asunto puntual, diciendo: «¡Qué bien nos han atendido!». ¿Será que la gente tiene una falsa idea de que en la Iglesia somos despidehuespedes, o es que realmente actuamos a veces provocando esa impresión?

5.3. Ofrecer una música que eleve el espíritu

El Vaticano II hizo una llamada a la renovación de todos los aspectos de la liturgia para que los fieles pudieran entrar en una «participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas» (SC 14). **En los años siguientes al Concilio, la música fue vista como una vía**

principal para efectuar esta participación plena, consciente y activa. Pero luego siguió un abandono de lo bello y lo trascendente en favor de lo funcional, de tal manera que la calidad de la música litúrgica en general cayó notablemente. Y se estableció un conflicto entre la música antigua y la música nueva.

Pero la uniformidad no es un valor; la diversidad tendría que ser integrada en nuestra experiencia de la música y el canto en la liturgia, sin tener miedo de que perdamos, por eso, la unidad. Tendríamos que potenciar los cantos de alabanza por-

que tienen un gran poder transformador: no son una invitación a la oración, son oración en sí mismos. Y cambiar la idea de que *en la misa se canta* por la de *la misa se canta*, para desterrar la convicción de que el coro es un añadido a la celebración, y que los que están llamados a cantar son solo los miembros del coro.

También tendríamos que valorar el tema de la calidad de la música. Requerimos competencia y destreza en los músicos y cantores, pero también debemos requerir un nivel de apoyo técnico de tal manera que su música suene bien. Instalar, mantener y operar un sistema de sonido de calidad que resalte la palabra hablada y permita que la música y el canto sean bien escuchados es una inversión rentable para la parroquia. Y el uso de pantallas con las letras de los cantos es una ayuda importante.

«Cantad al Señor
un cántico nuevo,
cantad al Señor,
toda la tierra»
(Sal 96,1)

5.4. Brindar homilías significativas

El papa Francisco nos ha recordado una y otra vez **la centralidad del *kerigma* o primer anuncio**. Cada homilía, sin importar el escenario –domingo, día entre semana, matrimonio o exequias– debe predicar a Jesucristo, su muerte y resurrección, y la vida nueva encontrada en él a través de la comunidad que comparte la fe, la esperanza y el amor. Siempre hay que **abrir la posibilidad, a través de la predicación, de que los que escuchan pueden llegar al encuentro personal**

con Jesús, que es el primer paso para entrar en un proceso de discipulado.

La homilía ha de estar dirigida a toda la persona –a la mente y al corazón–, pero es necesario que llegue primero al corazón y no a la mente. Y hablar al corazón significa **buscar explícitamente suscitar**

la emoción²⁶ de los oyentes. Pero, si el

que hace la homilía verdaderamente habla en su predicación a toda la persona, no puede parar en la mente y en el corazón, sino que ha de **conseguir que sus palabras muevan a la acción**.

«¡Ay de mí
si no anuncio
el Evangelio!»
(1Co 9,16)

«Algunos creen que pueden ser buenos predicadores por saber lo que tienen que decir, pero descuidan el cómo, la forma concreta de desarrollar una predicación. Se quejan cuando los demás no los escuchan o no los valoran, pero quizás no se han empeñado en buscar la forma adecuada de presentar el mensaje. Recordemos que “la evidente importancia del contenido no debe hacer olvidar la importancia de los métodos y medios de la evangelización”. La preocupación por la forma de predicar también es una actitud profundamente espiritual. Es responder al amor de Dios, entregándonos con todas nuestras capacidades y nuestra creatividad a la misión que él nos confía; pero también es un ejercicio exquisito de amor al prójimo, porque no queremos ofrecer a los demás algo de escasa calidad» (EG 156).

5.5. Modelar una comunidad auténtica

Muchos de nosotros nos hemos acostumbrado a hablar de comunidad parroquial o de comunidad cristiana en lugar de hablar de parroquia. Pero tenemos que darnos cuenta de que no basta con un simple cambio de nombre. ¿La reunión de un grupo de personas usualmente aisladas y anónimas, sentadas a dos o tres bancos de distancia unas de otras, bajo el mismo techo, durante una hora constituye una comunidad? Seguro que no.

Una comunidad auténtica es un lugar donde somos conocidos y amados. Donde se nos echa de menos cuando faltamos. Donde

rendimos cuentas y pedimos que los demás nos las rindan a nosotros.

Crear una comunidad auténtica, con sentido, es un gran desafío. Porque nos han educado a vivir la fe de modo privado, tanto como si los otros fueran un estorbo o una estridencia que nos cortase la comunicación con Dios. Y, sin embargo, el sentimiento

de orfandad y de soledad nunca ha sido tan grande como en la sociedad actual. Necesitamos generar pertenencias, porque **la gente no permanece en los sitios solo por lo que se cree en común o por lo que se hace, sino porque *forma parte de*, porque *se siente en casa*.** Podríamos decir que los grupos antes se formaban por este proceso: comportarse-creer-pertenecer; pero ahora el proceso se ha invertido: pertenecer-creer-comportarse.

Si la Iglesia es una familia de familias o una comunidad de comunidades, tenemos que potenciar que realmente lo sea. La pertenencia al grupo grande, a parroquia se hace fuerte por la pertenencia al grupo pequeño con el que comparto la fe y la vida, a ese grupo que me ayuda en mi camino de hacerme cada día más discípulo, más misionero y más santo.

«El grupo de los
creyentes tenía
un solo corazón
y una sola alma»
(Hch 4,32)

5.6. Tener expectativas claras

Algunas veces puede parecer que, cuando comunicamos a las personas las expectativas que tenemos de ellas, eso las va a echar hacia atrás. Incluso puede parecernos que elevando nuestras expectativas sobre las personas, nos volvemos poco acogedores. Y no es así. **Las expectativas claras y la hospitalidad van de la mano.** En realidad, si lo vemos así, lo que estamos comunicando es esto: «Creemos que Dios trabajará en ti y a través de ti; lo esperamos y tú también deberías esperarlo»; así que **al mismo tiempo estamos valorando a la persona y la estamos invitando a que dé lo mejor de sí misma sin complejos, fiándose del Señor.** De hecho, así es como Jesús actuó: los cojos, leprosos, pecadores, publicanos, ricos, pobres –todos– reci-

bieron la invitación a ir a él. Pero al mismo tiempo, Jesús fue claro acerca de lo que se esperaba de aquellos que decidían seguirlo: «Quien no carga con su cruz y viene en pos de mí, no puede ser discípulo mío» (Lc 14,27). Sí, puede ser que algunas veces anunciar claramente lo que esperamos de una persona (o lo que pensamos que Dios espera de ella) la asuste, pero, si no lo hacemos, no la ayudaremos a encontrar su sitio y ni la haremos sentirse valorada, ni se integrará realmente en la comunidad.

Presentar las expectativas claras de modo genérico sería algo así como responder en voz alta a esta pregunta: ¿Qué espera de ti como fiel nuestra parroquia? Y la respuesta en resumen, podría ser más o menos esta: **la parroquia espera de ti cinco cosas: que participes en la eucaristía y en el culto; que estés dispuesto a crecer en tu condición de discípulo; que estés dispuesto a servir en lo que puedas; que contribuyas a construir comunidad sintiéndote parte de ella; que**

des generosamente de lo tuyo para que todos podamos hacer juntos lo que Dios nos pide. Esto es lo mínimo que se puede pedir a cualquiera que quiera formar parte de la parroquia. Puede que este nos parezca un mínimo demasiado alto. A Miguel Ángel Buonarroti le atribuyen esta frase: «El mayor peligro para la mayoría de nosotros no es que apuntemos muy alto y fallemos, sino que apuntamos muy bajo y llegamos».

Pero antes de decirle a la gente lo que esperamos de ella es bueno que sepa lo que puede esperar de nosotros, de la parroquia, que sepa bien lo que se va a encontrar en la comunidad.

«Quien no carga con su cruz y viene en pos de mí, no puede ser discípulo mío. Así, ¿quién de vosotros, si quiere construir una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, a ver si tiene para terminarla?»
(Lc 14,27-28)

5.7. Suscitar ministerios basándose en las fortalezas de las personas

En una organización o grupo humano, cuando uno tiene la oportunidad de hacer lo que mejor hace, eso ofrece garantía de que la persona permanezca en el grupo. Por eso, sería tarea del párroco y de quienes con él comparten liderazgo ayudar a **detectar los talentos, las cualidades de las personas, es decir, aquello que cada uno sabe o puede hacer bien**. Cada uno debería encontrar los talentos que Dios le ha dado e invertir en ellos. Cuando invertimos en nuestros talentos, al practicar y crecer en los conocimientos y comprensión de ellos, nuestros talentos se convierten en fortalezas, en actividades que consistentemente y naturalmente hacemos bien. Y al desarrollar nuestros talentos únicos en fortalezas, permitimos que Dios nos use como instrumentos para la construcción del Reino.

Por eso hay que tener cuidado para **no asignar roles o tareas inadecuados a cada persona**, que es lo que en no pocas ocasiones hacemos porque la urgencia o la necesidad nos apremian.

Y hay que tener presente que, aunque los ministerios son importantes, porque con el ejercicio de los mismos todos ganan (el servidor, el servido y el Reino), **las personas van siempre por delante de las tareas o servicios**. Por eso, lo correcto al remodelar la parroquia no es comenzar elaborando una lista de puestos vacantes para las tareas o necesidades, sino por una lista de personas con sus puntos fuertes y sus pasiones. Para no caer en el error de tapar los agujeros con personas inadecuadas, habría que sentarse con cada uno para que cuente su historia, comparta lo que le apasiona y comunique lo que sabe hacer bien.

«Si uno habla, que sean sus palabras como palabras de Dios; si uno presta servicio, que lo haga con la fuerza que Dios le concede, para que Dios sea glorificado en todo, por medio de Jesucristo, a quien corresponden la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén»
(1Pe 4,11)

5.8. Formar pequeñas comunidades

Las comunidades que son saludables, están creciendo y haciendo discípulos, adoptan un modelo de Iglesia local como una **comunidad de comunidades**. Estas comunidades pequeñas, que tienen sus propios encuentros, se reúnen todas para la eucaristía del domingo.

Más arriba hemos hablado de la necesidad de pertenencia que tenemos todos. Pues bien, la idea es que **aquellos que han tenido la oportunidad de gozar de un**

encuentro personal con Jesús que les cambia la vida, tomen conciencia de la necesidad de la comunidad pequeña, un lugar donde serán conocidos, amados, acompañados y apoyados. Esta comunidad o grupo de vida ha de ser un lugar seguro, en el seno del cual la buena obra que Dios ha comenzado en ellos pueda ser completada.

En nuestra Diócesis hay muestras diversas de esta realidad, grupos pequeños que han surgido después de experiencias de primer anuncio, con nombres diversos –delta, grupos de vida, células parroquiales–, pero **con un mismo objetivo, ayudar a los discípulos a crecer en la intimidad con el Señor y en la asunción de la dinámica misionera.**

«Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, escogió de entre ellos a doce, a los que también nombró apóstoles»
(Lc 6,13)

5.9. Posibilitar la experiencia del Espíritu Santo

El Espíritu actuó a lo largo de la historia preparando la venida de Jesús. Luego acompañó al Señor a lo largo del tiempo de su ministerio terreno. Y Jesús prometió a los suyos que ese mismo Espíritu vendría sobre ellos y los revestiría de la fuerza de lo alto, para cumplir el encargo de llevar el Evangelio a todas las gentes. El día de Pentecostés, el Espíritu se hace presente en la casa donde están los discípulos, y aque-

llos hombres y mujeres acobardados fueron transformados por un nuevo poder, que también es prometido a nosotros.

Lo que el libro de los Hechos de los Apóstoles nos narra después del acontecimiento de Pentecostés es la proclamación constante de Cristo, de su muerte y resurrección, conducida por el Espíritu Santo, que promueve además signos de su presencia y de su poder. **Esta experiencia de la presencia y moción del Espíritu Santo²⁷ fue fundamental para el crecimiento de la Iglesia primitiva y es esencial para la vida cristiana de hoy, especialmente cuando nos sentimos urgidos a la nueva evangelización.**

En la Iglesia católica teológicamente somos trinitarios, pero con frecuencia fallamos en la práctica, porque no valoramos la presencia del Espíritu Santo. Es como si lo redujéramos a un concepto, en vez de experimentar una relación con él en la vida cotidiana y en los momentos especiales. Pero una Iglesia misionera es aquella que no excluye experiencias del Espíritu Santo, que tocan el lado emocional de la vida. Su presencia en nuestras vidas, independientemente de la emoción mayor o menor que se sienta, se nota porque sus frutos aparecen en nosotros: «amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí» (Gál 5,22) .

«Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que va a venir sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta el confín de la tierra»
(Hch 1,8)

5.10. Convertirnos en una Iglesia que invita

Si los primeros nueve valores mencionados llegan a ser estimados por una Iglesia local, entonces el último –**ser una Iglesia que atrae a la gente**– vendrá naturalmente. Así, si hacemos del fin de semana nuestra prioridad, de tal manera que la liturgia dominical sea inspiradora y emotiva; si cuidamos nuestra música y canto; si nuestras homilías son ejemplares; si cultivamos la acogida, entonces los feligreses de nuestra

parroquia van a desear naturalmente invitar a sus amigos y a sus familiares y conocidos, para que vengan y vean. Si nuestra parroquia se convierte en una comunidad significativa, en las que las expectativas son claras; si cuidamos los ministerios y los hacemos coincidir con las fortalezas de las personas; si potenciamos y acompañamos los grupos pequeños; si ofrecemos la posibilidad de que los fieles experimenten la presencia del Espíritu Santo, entonces aquellos que vienen y ven serán mucho más propensos a quedarse y a contar a otros lo que han vivido.

«Venid y veréis»
(Jn 1,39)

Pero, por encima de eso, una Iglesia saludable y en crecimiento debe **preocuparse específicamente de crear una cultura de invitación dentro de su devenir cotidiano**. Y eso se planifica. Si queremos generar en nuestra parroquia una cultura de invitación, habremos de tener en cuenta estos criterios. El primero es estar convencidos de que quien hace crecer es Dios (ver 1Co 3,7). A nosotros nos toca invitar repetidamente, aunque repetidamente nuestros interlocutores rechacen la invitación. Puede que después de unos cuantos noes, nos den un sí. El segundo es quitarnos el miedo a no saber hacerlo, a que nos tachen de beatos o de lo que sea, o al rechazo. Y el tercero, saber que, por lo menos al principio, no convencer nuestras ideas, sino nuestro entusiasmo.

6 FORTALECIENDO LOS CINCO SISTEMAS DE LA PARROQUIA MISIONERA

Nuestras parroquias están organizadas en general **en torno al triple oficio de Cristo, sacerdotal, profético y real**, que ha sido traspasado a la Iglesia. De este modo, todos nuestros grupos y actividades tienen que ver con uno de estos ámbitos: la palabra, la celebración y la caridad.

Cuando en los años pasados trazamos en nuestra Iglesia de Jaén el plan para el cuatrienio 2017-2021, añadimos a estos tres ámbitos **uno más: el de la comunión**, de tal modo que nuestra tarea pastoral se planificó y se revisó en torno a las cuatro mediaciones eclesiales, a cada una de las cuales le dedicamos preferentemente un curso: *koinonía*, *kerigma*, *liturgia* y *diakonía*. Estamos, de algún modo haciendo a nivel diocesano, el trasvase de un modo de concebir la Iglesia a otro distinto, en clave misionera.

En la actualidad, en las parroquias en proceso de conversión aquellos cuatro ámbitos se les añade otro nuevo, desdoblado, y **se convierten en cinco**. Pero no se entienden ahora como compartimentos estancos en los que guardar las diversas acciones que se llevan a cabo en la Iglesia. A menudo se habla de ellos como sistemas o como propósitos²⁸. Los cinco propósitos de las Iglesias en crecimiento, basados en mandatos bíblicos, que dan lugar a los cinco sistemas, son estos:

- 1** Ama al Señor con todo tu corazón (adoración, liturgia: celebrar el amor de Dios).
- 2** Ama a tu prójimo como a ti mismo (caridad, servicio: demostrar el amor de Dios a través de la atención a los demás).
- 3** Id y haced discípulos (evangelización: comunicar el amor de Dios a través del anuncio del Evangelio).
- 4** Bautizándolos (comunión: incorporar a la familia del amor de Dios, que se realiza en la comunión humana).
- 5** Enseñándoles a guardar (discipulado: hacemos crecer a los convertidos en el amor de Dios y en el seguimiento de Cristo).

El referirnos a estos ámbitos como *sistemas* es intencional. De algún modo nos apoyamos en la imagen paulina del cuerpo de Cristo (ver 1Co 12,12-31). En el cuerpo humano hay diversos sistemas (digestivo, óseo, nervioso, circulatorio...). Pero estos sistemas necesitan funcionar coordinadamente todos para que el cuerpo esté sano. Si funcionan adecuadamente, el cuerpo estará cómodo. Si falla alguno, aunque sea solo uno, el cuerpo enferma, porque el fallo de uno de los sistemas afecta a los demás y al bienestar general del cuerpo. Igual pasa con la Iglesia: **si alguno de los cinco sistemas eclesiales falla, la salud de la Iglesia se resquebraja**. Por eso es importante que estos cinco sistemas no existan aisladamente unos de otros. El funcionamiento adecuado de cada uno de ellos y la coordinación con los demás es indispensable para la salud de cuerpo eclesial entero.

Describamos brevemente cada uno de estos cinco sistemas²⁹.

6.1. Evangelización (kerigma): anunciamos el Evangelio

Esta es la **proclamación o kerigma: la Buena Noticia del amor de Dios revelado en Jesús y la salvación ofrecida a través de su cruz y resurrección**. Se proclama a aquellos que no conocen a Jesús. La evangelización lleva a la gente a un encuentro con Jesucristo, invitándolos a la decisión de confiar para seguirle y hacerse sus discípulos. La evangelización buscará conducir a los sacramentos del bautismo y la reconciliación a aquellos que responden a aquel encuentro. Se dirige a quienes están de fuera de la Iglesia, pero puede ser dirigida también a aquellos de dentro de la misma que conocen a Jesús, pero no de una manera personal.

6.2. Discipulado (didaskalía): acompañamos procesos

El discipulado es el proceso de toda una vida de crecer, madurar y aprender en el que el creyente entra con ganas si ha sido evangelizado de verdad. Incluye la catequesis, pero no puede ser reduci-

do a esta. Conlleva crecer en la fe, en el conocimiento, en la oración y en la identificación de los dones dados por Dios a cada uno.

6.3. Celebración (liturgia): oramos y celebramos la fe

Este es un sistema obvio para nosotros como católicos. Nuestro culto primordial de acción de gracias y de alabanza es la celebración de la eucaristía. La alabanza y la adoración se puede incluir en reuniones de oración y en los tiempos de oración que se experimentan en los grupos pequeños.

6.4. Caridad (diakonía): fomentamos la caridad

El señor nos llama a servir a los demás a los demás; a desarrollar un encargo que parte de un don previo recibido de Dios por cada fiel. El servicio es esencial en la vida de la parroquia, para que esta pueda funcionar, formar a sus miembros y cumplir con su propósito. Pero en una cultura misionera, hay un camino por el que la comunidad sale de ella misma y sirve a todos, independientemente de su pertenencia o no pertenencia a la Iglesia. Es el servicio de la caridad. Una medida bastante fiable de la vitalidad de la ministerialidad parroquial es la proporción de ministerio que se dedica a las *periferias existenciales*, de las que habla el Papa tan insistentemente: «Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias comodidades» (EG 49).

6.5. Comunión (koinonía): vivimos la fraternidad

La fraternidad es la comunidad, denominada en el Nuevo Testamento *koinonia*, la vida común. Es la comunidad significativa donde **la gente**

es conocida y amada, denominada por su nombre y apoyada, en su llamada a la santidad. Puede incluir la socialización, pero no puede ser reducida a ella. La fraternidad ocurre totalmente cuando los parroquianos o los miembros de la comunidad o grupo cristiano se piden y se rinden cuentas mutuamente.

Estos cinco sistemas se solapan y abarcan las mismas dimensiones de la vida de la Iglesia que los diez valores o indicadores que veíamos en el capítulo 5. Analizar la salud global de la parroquia a través de una evaluación honesta de la salud de estos sistemas es otro medio para llegar al punto de partida para desarrollar una estrategia destinada a la renovación de la parroquia o comunidad.

7 ORIENTACIONES PARA EL CUATRIENIO 2023-2027

7.1. Puntualizaciones

Un plan que es la continuación del camino emprendido

Durante el curso 2022-2023, después que el curso anterior nos centráramos en el proceso sinodal, **la diócesis de Jaén ha estado trabajando en un proyecto que llevaba como lema «Algo nuevo está brotando, ¿no lo notáis?»**, que pretendía ser el inicio de un **itinerario de conversión pastoral**. Cuando emprendimos el camino sabíamos que no iba a ser fácil, que encontraríamos resistencias varias. Pero habíamos aprendido en la fase diocesana del Sínodo lo necesario y lo importante que es caminar juntos. Y hemos caminado contando con los demás, apoyándonos mutuamente, aprendiendo unos de otros, errando y corrigiendo humildemente nuestros errores, con la guía de nuestro obispo, procurando hacer un sabio y realista discernimiento pastoral (ver EG 33).

Lo preveíamos, pero hemos experimentado en la realidad que **el recorrido de este plan de renovación no se puede hacer en cuatro días, ni a la ligera**. Que tiene que ser como un guiso a fuego lento. Como una silenciosa fermentación. Como una carrera de fondo. Pero hemos trabajado con ilusión, con muchas ganas. Desde la Vicaría de Evangelización se marcó un ritmo, pero se respetaron los ritmos. Sabemos que no podemos avanzar todos por igual ni con la misma velocidad, pero también que no podemos conformarnos cuando alguna comunidad se queda atrás.

El camino ha sido desigual. No todas las parroquias han llegado al mismo nivel de comprensión del proceso ni se han comprometido de la misma manera. Pero **hemos puesto las bases de lo que está por venir**. Ahora sí que está claro: no podemos darle vueltas, hemos llegado al convencimiento de que las cosas no se pueden quedar como están. Y **se va dibujando con más precisión por dónde tiene que ir el camino**.

Un proceso, más que un catálogo de acciones a realizar

Es necesario programar, para marcarse metas, para trazar caminos que allanen la marcha y para medir nuestras fuerzas y nuestras posibilidades (ver Lc 14,28ss). Programar es bueno. Pero puede ocurrirnos que en el trabajo para planificar nuestra tarea pastoral olvidemos que la semilla del Reino «germina y va creciendo, sin que el hombre sepa cómo» (Mc 4,27) y que el que de verdad conduce la vida de la Iglesia es el Espíritu del Resucitado, que reparte sus dones generosamente y convierte a los hombres en instrumentos dóciles al servicio de la Palabra, como hizo en los primeros tiempos de la predicación evangélica (ver Hch 8,8,26-40; 9,1-19; Hch 10,19.44-48; etc.), saltando muchas veces por encima de nuestras previsiones y sorprendiéndonos siempre.

Por eso el título de este documento: «Orientaciones para el proceso de conversión pastoral en la Iglesia de Jaén durante los cursos 2023-2027». Porque **no se trata de ponerle ataduras al Espíritu ni de poner trabas a la imaginación pastoral ni a las iniciativas de las comunidades cristianas, sino de ofrecer un marco común y unas líneas fundamentales en los que pueda germinar la rica variedad de la sementera del Evangelio en los surcos de las tierras de Jaén.**

Por eso también pretendemos que, aunque nuestro Plan Pastoral Diocesano, que como cualquiera otra programación, incluye una serie de objetivos y de tareas a realizar, sea presentado no como un mero elenco de deberes. **No se trata de llenar el tiempo con acciones, ni de hacer por hacer.** Nuestro quehacer pastoral tiene que tener un estilo, unas motivaciones de fondo, una mística, un horizonte, un modo de actuar inspirado en el hacer de Jesús mismo, en la Tradición de la Iglesia y en las exigencias que nos impone el hecho de ser depositarios y testigos del Evangelio en la sociedad del siglo XXI, una sociedad que aparece desde muchas perspectivas cada vez más ajena a Cristo y su mensaje evangélico, pero, paradójicamente, cada vez más necesitada y más sedienta de él.

Cuatro cursos, un único objetivo

Hemos programado para cuatro cursos. Pero verás, que en realidad, lo que vamos a hacer es **subrayar cuatro ámbitos de un proceso que no son separables entre sí. Los hemos colocado en el orden en el que, en teoría, los tiene que vivir cada persona que pasa de no ser cristiano a serlo como Dios manda**: primero ocurre el encuentro con Jesucristo por el que se aviva en la persona el deseo de decirle que sí y de conocerlo más (→**primer anuncio**); luego viene el crecimiento en esa adhesión primera al Señor (fe), que ocurre, por supuesto, en el corazón de la persona, pero siempre arropada por el calor de la comunidad (→**discipulado**); esa comunidad, para ser de verdad significativa para el que ha de ser acogido, es una comunidad que ha descubierto su ser sinodal y se edifica en una corresponsabilidad en la que todo liderazgo es compartido y asimilado al de Cristo Jesús «que vino no a ser servido, sino a servir» (Mt 20,28) (→**corresponsabilidad y liderazgo**); pero el que, habiéndose encontrado con el Señor y habiendo sido engendrado como discípulo en una comunidad toda ella ministerial y corresponsable, descubre su condición de misionero y se siente llamado a anunciar de modo explícito la Buena Nueva de Jesucristo y a tener en la sociedad una presencia significativa, que ponga

en entredicho los valores del mundo y haga resplandecer en la vida ordinaria los valores del Evangelio (→**misión y presencia pública**).

Pero podríamos haber elegido otro orden. Por ejemplo, es fácil darse cuenta de que no hay posibilidad de anun-



cio, si no existe primero una comunidad formada por verdaderos discípulos misioneros; miradas así las cosas, el primer anuncio tendríamos que haberlo puesto después del discipulado. O podíamos haber hecho esta reflexión: si no hay un párroco convencido de la urgencia del primer anuncio y grupo de laicos que lo secunde, el proceso evangelizador no se podrá instaurar, por lo que lo primero, antes que nada, sería trabajar el tema del liderazgo y la corresponsabilidad. ¿Qué queremos decir con esto? Que, aunque hayamos subrayado cada curso un tema, es necesario que no nos olvidemos de ninguno de ellos, porque el proceso se va construyendo progresivamente y no se trata de realizar actividades diversas que no tienen relación unas con otras, sino de dar solidez a cada uno de los elementos del proceso. Por eso, tampoco importa que cada parroquia o cada arciprestazgo estén a distinto nivel, lo importante es que, desde el punto en el que estemos, cada comunidad camine en la misma dirección y nos apoyemos unos a otros con la experiencia que vamos adquiriendo al dar pasos.

Menos es más

Por eso, **no deberíamos asustarnos como si nos viniera ahora a principio de curso un paquete nuevo de tareas a añadir a las muchas que ya tenemos.** El problema no es que tengamos que hacer muchas más cosas, sino que estamos haciendo tantas cosas que a veces no tenemos tiempo de hacer lo principal. Así que **no se trata de añadir, sino de elegir, de privilegiar aquello que nos va a conducir por el camino correcto.** Eso nos va a suponer decir que no a otras cosas que estamos acostumbrados a llevar entre manos, pero que no nos ayudan a construir una parroquia más misionera y más en salida, una comunidad más evangelizadora. Es verdad que eso nos hará vivir un cierto duelo por lo que perdemos, pero no hay más remedio que hacerlo.

7.2. Curso 2023-2024: primer anuncio

«No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da

un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (DCE 1). Volvemos a citar la afirmación de Benedicto XVI. Si estamos convencidos de que su afirmación es cierta, la acción primera y fundamental de nuestras parroquias es la de propiciar este encuentro de las personas con Jesús. Si hay una opción a la que no podemos dar de lado en este momento es a la pastoral del primer anuncio. Cuando hablamos de pastoral del primer anuncio, pensamos, inmediatamente, **en la etapa misionera del proceso de evangelización; la que tiene como objetivo sembrar la semilla del Evangelio en el corazón de un oyente, para poder después hacerla crecer.** Pero, en el contexto de conversión pastoral de las parroquias en el que nos estamos moviendo, y alentados por el papa Francisco, hemos aprendido que **el primer anuncio no es solo primero cronológicamente, sino también principal y que, por lo tanto, nunca podemos darlo por superado.** El anuncio del *kerigma*, extraordinariamente vinculado al misterio pascual, atraviesa toda la vida y la misión de la Iglesia, para presentar continuamente la presencia de Jesucristo y revitalizar la fe de los discípulos, llamados continuamente a la misión.

«La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre» (AG 2). Esta afirmación del decreto *Ad gentes* es de capital importancia para comprender el orden de las cosas. No es que la Iglesia primero ha sido constituida y después se le ha encomendado una misión, sino justo lo contrario: porque había una misión que cumplir (proclamar el Evangelio a toda la creación, Mc 16,15), ha sido reunida la Iglesia por el impulso del Espíritu Santo que el Hijo desde el Padre envía. Y así la Iglesia, –y en ella todos los bautizados– ha sido constituida por, en y para la misión.

La actividad misionera es siempre la misma. Su objetivo es «la evangelización e implantación de la Iglesia en los pueblos o grupos en que todavía no ha arraigado» (AG 6). Pero esta actividad se ha ido adaptando a las circunstancias diversas de las historia. En el tiempo de la cristiandad, la actividad de la Iglesia se ha configurado como pastoral, es decir, como la acción de los pastores que cuidaban a un pueblo ya cristiano, al que le brindaban la Palabra de Dios y los sacramentos. Es verdad que, con el descubrimiento de América y la expansión por África y Asia, hubo un redescubrimiento de la misión

propiamente dicha. Pero esta se entendía en referencia solo a aquellos lugares que no eran cristianos, a los que iban los *misioneros*. Durante siglos este esquema se ha mantenido vigente y ha marcado nuestra mentalidad. De ahí la dificultad para terminar de convencernos de que la misión no lo es solo en referencia a los países aún no evangelizados, sino que es tarea fundamental también en Europa, en España y en Jaén. Porque, aunque culturalmente aún perviven ciertas reminiscencias cristianas, la fe en Jesucristo, su anuncio y su aceptación ya no cuentan con el soporte del proceso socializador que tenían hace unas décadas. Por eso, nuestras parroquias están llamadas a renovar el impulso misionero que está en el origen de nuestra identidad.

Este anuncio tenemos que hacerlo a dos niveles: interpersonal (de tú a tú) y comunitario. Lo primero es el anuncio de persona a persona. Cuando hay una cierta relación de confianza (amigos, compañeros de trabajo, familiares...) un verdadero discípulo es capaz de dar testimonio con alegría y con entusiasmo. Escuchando a su interlocutor y compartiendo sus experiencias dolorosas o gratificantes, le puede ayudar a suscitarse preguntas, sin imponer respuestas ni doctrinas, sino aportando su propia experiencia de sentirse amado y salvado por Jesús. Esta es hoy tarea fundamental de los fieles laicos. Después viene la invitación a una experiencia eclesial de primer anuncio. Esta tendría que hacerse en el seno de la parroquia o estando la parroquia muy vinculada a ella, de tal manera que pueda recibir a aquellos en los que se va a suscitar una primera conversión, un encuentro personal con Cristo que después habrá que acompañar.

¿Qué podemos hacer este curso?

1

Concienciar a los fieles –a cada fiel– de su condición de «evangelizadores». Dar herramientas para que pierdan el miedo a evangelizar y lo puedan hacer personalmente, sabiendo cómo dirigirse a las personas que viven en esta sociedad, que no es la misma que hace la de décadas, pero que necesita el Evangelio tanto como la gente de entonces.





Para formar evangelizadores hay algunos recursos disponibles, por ejemplo, la web formarapostoles.com que ofrece un curso online gratuito, con vídeos y materiales en formato PDF para quienes quieran seguirlo.

La diócesis ofrecerá un curso sobre el reto de la evangelización de unas 30 horas presenciales, en cuatro sesiones, en el que Carlos Luna, especialista en marketing religioso y pensamiento creativo, que ya estuvo el curso pasado en una de las sesiones de la formación permanente del clero, profundizará en el tema y aportará herramientas para abrir nuevos caminos. Será para sacerdotes por un lado, y para laicos, por otro.

- 2 Crear en las parroquias donde no los hay, espacios de primer anuncio, apoyándose en las experiencias que ya existen en la Diócesis: Alpha, Cursillos de cristiandad, Emaús, cuatro40,

Emaús, Effetá, Proyecto Amor Conyugal... Para ello contamos con el camino recorrido por algunas parroquias que estarán siempre dispuestas a ayudar a las vecinas. Y necesariamente será preciso formar a un grupito de personas de la parroquia que hayan vivido la experiencia de anuncio comunitario (pueden haberlo hecho en otra parroquia o en la propia, antes de comenzar con gente más alejada) para que sean responsables de ofrecer la experiencia a otros. Cuidar que algunas de estas experiencias estén pensadas especialmente para jóvenes: la *Jornada Mundial de la Juventud* celebrada en Portugal nos ha mostrado un rostro joven de nuestra Iglesia de Jaén que no podemos dejar de lado, sino que tenemos que acompañar y valorar.

3 Coordinar las realidades de primer anuncio presentes en la Diócesis. Especialmente cuidar de que todas ellas lleven a un discipulado que se desarrolle en las propias parroquias, para que quienes han experimentado el encuentro con el Señor sigan un proceso de maduración en la fe y de integración en la comunidad cristiana.

4 Celebrar encuentros de primer anuncio por vicarías o arciprestazgos, en los que compartir experiencias, quitar miedos, buscar colaboración y ayudar a crear estructuras parroquiales que posibiliten el primer anuncio.

5 En el seno de las cofradías y hermandades, procurar que al menos un grupo pequeño durante este curso haga experiencia de primer anuncio. Ellos, con su testimonio personal, podrán ser fermento para que otros miembros de la cofradía accedan a participar del encuentro o encuentros comunitarios de anuncio que se brinden en la parroquia. Las cofradías y hermandades son no solo muestra y representación de la piedad popular que se vive en la vida cotidiana de los creyentes, sino también colectivos llamados a estar al servicio de la nueva evangelización, tal y como nos lo recuerda la reciente carta de los obispos del Sur de España, *María, estrella de la evangelización*.

6 Los sacerdotes pondrán su interés en hacer homilías más keigmáticas, especialmente las dominicales y aquellas que pronuncian ante un auditorio más heterogéneo y con menos participación en la vida eclesial, como puede ser el que asiste a bautismos, bodas o funerales.



Confiamos en que el Espíritu avivará la creatividad pastoral y en que las iniciativas de unos pueden ayudarnos a otros. Piensa, pensad qué otras iniciativas se pueden llevar a cabo para potenciar el primer anuncio y compartidlas.

7.3. Curso 2024-2025: discipulado

De las cuatro acciones que incluye el mandato misionero que Mateo ponen en boca de Jesús al final de su evangelio, la principal, a la cual van dirigidas las otras tres, es «haced discípulos» (ver Mt 28,19-20³⁰). Es tarea irrenunciable de la comunidad cristiana **acompañar a quienes han tenido su primer encuentro (o su primer encuentro significativo) con el Señor para que puedan crecer en su conocimiento, asumir su Evangelio y asimilarse a su vida.**

Cuando Pablo habla a los cristianos gálatas se refiere a ellos como *hijos* y afirma que sufre dolores de parto hasta que Cristo se forme en ellos (Gál 4,19). A Timoteo lo saluda en la primera carta a él dirigida como «verdadero hijo en la fe» (1Tim 1,2) y en la segunda, como «hijo querido» (2Tim 1,2). El apóstol usa la palabra *hijo* en un sentido figurado, refiriéndose al papel esencial que él tuvo en el desarrollo de la madurez de los creyentes de Galacia y de su amigo y colaborador.

Nosotros, primero los que ostentan el ministerio ordenado, pero también los demás fieles que de verdad se sienten parte de la comunidad parroquial, **tendríamos que sentirnos urgidos por el Señor a acompañar a quienes se acercan a él, para engendrarlos a la fe y a la vida cristiana.** El mismo amor, cuidado, preocupación e intimidad que los padres deben tener hacia sus hijos es el que nosotros debemos tener hacia quienes acompañamos en el proceso de hacerse discípulos. Y tenemos que crear en nuestras parroquias itinerarios y grupos que acojan a estos cristianos que se están *construyendo* como tales.

Entre los criterios que el *Directorio para la catequesis* propone para afrontar la formación de los catequistas, señala que «la Iglesia se siente en el deber de capacitar a sus catequistas en el arte del acompañamiento personal, ofreciéndoles la experiencia de ser acompañados

para crecer en el discipulado y formándolos y enviándolos a acompañar a sus hermanos» (DC 135). Acompañamiento, discipulado y misión van de la mano.

El objetivo del discipulado es que Cristo se forme en cada creyente. Eso es obra del Espíritu, pero nosotros tenemos que colaborar con él en la tarea de esta configuración con el Señor. Es importante adquirir conocimientos relacionados con la fe, alcanzar habilidades, suscitar hábitos y comprometerse en determinados servicios, pero lo esencial, lo que sustenta todo lo demás, es que los evangelizados se configuren con el Señor y puedan decir como Pablo: «vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20). Para ello, **se forman en la parroquia grupos pequeños, grupos de vida, que están a cargo de un acompañante, generalmente laico.** En ellos, las personas comparten su vida y se conocen mutuamente, estableciendo fraternidad, generando pertenencia a un grupo humano más concreto y cercano que la parroquia entera; se escucha y comparte la Palabra de Dios y se medita el Evangelio de forma sencilla, sin que haya un enseñante y unos enseñados; y se ora y se celebra la fe. Estos grupos pequeños de discipulado se reúnen en algunas ocasiones para hacer actividades de formación, oración y convivencia conjuntas, pero, sobre todo, para compartir la eucaristía dominical.

Hay modos diversos de organizar el discipulado en las parroquias. Y hay formas diversas de denominar estas experiencias de discipulado. Pero todas tienen en común que están apoyadas sobre tres pilares: formación (conocer al Señor, pero no solo intelectualmente, sino vitalmente, partiendo siempre del contacto con la Sagrada Escritura y especialmente con los evangelios), celebración (la alabanza, la oración compartida, los sacramentos) y vida (aprender a vivir como el Evangelio de Jesús nos pide, comprometiéndose uno personalmente y en el grupo, y dejándose interpelar por él).

¿Qué podemos hacer este curso?



1 Crear o potenciar en las parroquias procesos de discipulado de adultos. Para ello necesitamos formar acompañantes e invitar a los evangelizados a integrarse en grupos pequeños en torno a la Sagrada Escritura, la oración y la vida compartida. Las parroquias que aún no han comenzado este camino, pueden pedir ayuda a las que han creado itinerarios propios que están dando buen resultado o también inspirarse en los itinerarios y materiales ofrecidos por Acción Católica General.

La Diócesis volverá a ofrecer los cursos de la Escuela de acompañamiento en su triple vertiente: iniciación, profundización, especialización.

2 Terminar de configurar en la Diócesis un itinerario de formación *para toda la vida*. En esta tarea colaboran diversas delegaciones diocesanas: Primer Anuncio; Catecumenado y Catequesis; Infancia y Juventud; Familia y Vida.

3 Hacer un encuentro, diocesano o por vicarías, de grupos de vida, en el que se comparta lo que se está viviendo y se muestren a otras parroquias los pasos que se pueden dar.

4 Dar a conocer a todos los catequistas y acompañantes de todas las parroquias el itinerario diocesano de iniciación cristiana de adultos y de niños en edad catequética.

5 Promocionar los distintos cursos que, desde el Instituto Teológico San Eufrasio, se ofrecen para la formación de los diversos colectivos implicados en la vida eclesial parroquial y diocesana.

6 Ofrecer herramientas y formación en las actitudes necesarias para hacer acompañamiento integral con las personas que atendemos en Cáritas y en otros ámbitos socio-caritativos de la Iglesia.



Confiamos en que el Espíritu avivará la creatividad pastoral y en que las iniciativas de unos pueden ayudarnos a otros. Pien-
sa, pensad qué otras iniciativas se pueden llevar a cabo para
potenciar el discipulado y el desarrollo de procesos personales y gru-
pales de fe.

7.4. Curso 2025-2026: corresponsabilidad y liderazgo

No ha sido frecuente entre nosotros referirse a la autoridad en la Igle-
sia con el término *liderazgo*. Este nos ha parecido generalmente un
término laico, poco apropiado para el ámbito eclesial. La tradición nos
ha legado otro lenguaje distinto al que estamos acostumbrados: auto-
ridad, potestad divina, jerarquía sagrada, superiores... Sin embargo, la
sociedad está cambiando. Y hoy **se ha generalizado el uso del tér-
mino *liderazgo*, aplicándolo a diversos ámbitos:** el político, el eco-
nómico, el empresarial, el académico... y **también el religioso**. Pero
entendamos bien lo que queremos decir cuando en la Iglesia usamos
este término.

**En la Iglesia ningún líder puede suplantar el liderazgo único y
permanente que ejerce Jesús en ella a través del envío del Espíri-
tu Santo. Y ningún creyente puede aceptar esa suplantación, ni
de forma activa ni pasivamente.** El libro de los Hechos nos cuenta
que, cuando Pablo en Listra curó a un tullido y el sacerdote del templo
de Zeus, con su gente, quiso ofrecerles a él y a Bernabé, que lo acom-
pañaba, un sacrificio, ellos, escandalizados, se rasgaron el manto y se
les opusieron a gritos, diciendo: «Hombres, ¿qué hacéis? También no-
sotros somos humanos de vuestra misma condición; os anunciamos
esta Buena Noticia: que dejéis los ídolos vanos y os convirtáis al Dios
vivo que hizo el cielo, la tierra y el mar y todo lo que contienen» (Hch
14,15). No es el líder eclesiástico el que renueva y hace la conversión
pastoral de la Iglesia, sino el Espíritu Santo, cuando se expresa y actúa
a través de él y también a través de otras muchas personas a las que
concede dones de liderazgo y otros diversos carismas.

La doctrina teológica tradicional de la unidad y las relaciones entre las
tres personas divinas³¹ puede iluminar nuestra inteligencia del lideraz-

go eclesial. Wm. Paul Young en su novela «La cabaña» expresa de manera sencilla y con sobriedad literaria esta gran verdad de la doctrina tradicional trinitaria, cuando ponen en boca de Mackenzie, el protagonista de la novela, estas palabras que expresan su experiencia de Dios Trinidad: «Nunca había visto a tres personas departir con tanta sencillez y belleza. Cada uno parecía más atento a los demás que a sí mismo... Me gusta cómo se tratan. Ciertamente no esperaba que Dios fuera así»³². El liderazgo eclesial brota del Dios Trino-y-Uno. Dios es la fuente del liderazgo cristiano. No lideramos por Dios, ni en nombre de Dios, sino participando en el liderazgo de Dios.

El líder en la Iglesia no lo es tanto por sus capacidades o destrezas, cuanto por su disponibilidad para que el movimiento de gracia que brota de la Trinidad Santa, fluya a través de él. El líder cristiano hace presente en la Iglesia el liderazgo divino por medio del olvido de sí mismo y de la entrega y servicio hacia los demás.

El modo de ejercer el liderazgo de Jesús y de su Espíritu es, ante todo, discreto. **Lo importante es que crezca la comunidad y no que brille el líder.** No se trata de imponer la propia visión, las propias ideas o convicciones por profundas y justificadas que sean, sino de compartir con todos, escuchando a todos, para alcanzar la visión de lo que el Espíritu quiere de nosotros en este momento. Si se fundamenta en el Dios Trino-y-Uno, el liderazgo ha de ser compartido.

Hay muchas personas que contribuyen a múltiples y diversas tareas eclesiales, cada una según la fe y los dones que Dios le ha dado para que los pongan al servicio de los demás. Todos necesarios. Pero hoy, más que nunca, hacen falta líderes inspiradores, hombres y mujeres con corazón pastoral, que tomen junto con los pastores las riendas del trabajo del Evangelio y por el Evangelio. Este es el reto que tenemos por delante y al que vamos a dedicar nuestros esfuerzos durante este curso pastoral.

¿Qué podemos hacer este curso?



- 1** Tener terminado y poner en práctica en la diócesis un itinerario de formación de líderes cristianos, con especial atención a la preparación de las personas que habrán de formar parte de los equipos pastorales y de aquellos que serán llamados a asumir un ministerio laical instituido.
- 2** Seguir formando al clero en el liderazgo sacerdotal a través de programas de formación específicos. Adaptar estos programas para poder formar a los seminaristas en este ámbito.
- 3** Dar pasos firmes en la creación de equipos pastorales. Posibilitar la formación del laicado de tal manera que algunos laicos puedan ser nombrados por el obispo responsables, junto con los sacerdotes, de la atención pastoral de las parroquias.
- 4** Favorecer la institución de ministerios laicales, siguiendo las directrices de la Conferencia Episcopal Española y de nuestra provincia eclesiástica.
- 5** Potenciar el diaconado permanente.
- 6** Dar forma definitiva a la estructura territorial de la Diócesis en orden a la creación canónica de unidades pastorales.
- 7** Confiamos en que el Espíritu avivará la creatividad pastoral y en que las iniciativas de unos pueden ayudarnos a otros. Pien-sa, pensad qué otras iniciativas se pueden llevar a cabo para potenciar la corresponsabilidad y para que el liderazgo sacerdotal y también el laical se transformen, poniéndose al servicio de una dióce-sis y de unas parroquias más misioneras y más sinodales.

7.5. Curso 2026-2027: misión y presencia en el mundo

Por el bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios está llamado a convertirse en discípulo misionero. Y cuando un creyente asume de verdad su condición de discípulo, independientemente de la función que desempeñe en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, se convierte en un evangelizador. Es inadecuado, porque no se corresponde con el deseo y mandato de Jesús, imaginar un horizonte en el que la evangelización la llevan a cabo sólo actores cualificados y donde el resto del pueblo cristiano es solo receptor de la pastoral de la Iglesia. **La conversión pastoral y misionera de la Iglesia implica el protagonismo de cada uno de los creyentes en la evangelización.** Por eso, nadie puede aplazar su compromiso con la tarea evangelizadora alegando la falta de preparación o la inexperiencia: **si uno de verdad ha experimentado el amor de Cristo Jesús que lo salva y le da a conocer al Padre y lo reviste de su Espíritu, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo al mundo, porque tiene que contar la alegría que siente y que no puede guardar para sí.**

Pero el encuentro con el Señor lleva al creyente **no solo al anuncio explícito del Evangelio, sino también a comprometerse con la realidad para transformarla según los criterios de la Buen Nueva.** Ser creyente no nos lleva sólo a preguntarnos *quién soy yo*, sino, sobre todo, *para quién soy yo*. Por eso cada creyente, cualquiera que sea su vocación, vive la misión desde la eclesialidad y mirando al mundo. Y tener una presencia significativa en la vida pública viene a ser un indicativo del grado de conversión y de madurez del bautizado.

Si nuestros fieles son verdaderos discípulos misioneros y nuestras parroquias auténticas Iglesias en salida, nos convertiremos en instrumentos de liberación y de promoción de la dignidad de toda vida humana. Como Jesús afirmó de los discípulos (ver Jn 17), no somos de este mundo, pero vivimos en el mundo; y estamos llamados a hacernos presentes en él. Nuestra actitud, por tanto, ha de ser la de mirar con ojos de fe y de compasión la realidad en la que estamos inmersos, pues es a ella a la que hemos sido enviados. Tenemos que perder el miedo y el respeto humano, conscientes de que en nuestro trabajo, en las relaciones sociales, en los ambientes en los que com-

partimos la vida con quienes somos co-ciudadanos, nos toca ser una presencia significativa y un testimonio vivo de que es posible un mundo con los valores del Evangelio, con el que nos sentimos comprometidos y que queremos conseguir en diálogo con quienes compartimos el día a día.

Nuestra presencia en la vida pública no se limita exclusivamente a formar parte consciente y coherentemente de las estructuras sociales; nuestro horizonte ha de ser más extenso. Debemos también impulsar procesos que nos ayuden a discernir nuestra actitud ante el dinero, la economía, el consumo, la política, la justicia, el cuidado de la *casa común*... para ser coherentes con la opción evangélica: y esto no es sólo una forma de presencia pública, sino un modo aportar nuestro esfuerzo para transformar y mejorar la realidad.

¿Que podemos hacer este curso?

1 Coordinar los diversos movimientos laicales presentes en la diócesis y las delegaciones e instituciones diocesanas implicadas, en orden a la presencia en la vida pública.

2 Crear una sección en nuestros centros diocesanos de estudio, pensada para laicos, en la que se establezca un plan de formación sobre la dimensión socio-política de la fe.

3 Organizar a nivel diocesano, pero también a nivel de vicaría o arciprestazgo, encuentros de cristianos comprometidos en la vida pública, para compartir experiencias, crear lazos de unión y animar al compromiso.

4 Crear proyectos sencillos de concienciación, con campañas concretas, sobre cómo situarnos como ciudadanos ante el consumo responsable y el cuidado de la *casa común*, sobre la economía del bien común y sobre el compromiso político.



5 Crear una sección en nuestros centros diocesanos de estudio, pensada para laicos, en colaboración con la Delegación de Medios de Comunicación Social, para formar comunicadores cristianos.

6 Crear alguna plataforma de encuentro para empresarios cristianos.

7 Confiamos en que el Espíritu avivará la creatividad pastoral y en que las iniciativas de unos pueden ayudarnos a otros. Piensa, pensad que otras iniciativas se pueden llevar a cabo para potenciar la conciencia misionera de los fieles y para favorecer una presencia significativa de los cristianos gienenses en la sociedad.

8 OTROS PROCESOS TRANSVERSALES

Seguimos caminando como Iglesia local de Jaén. Pero formamos parte de una Iglesia más grande, en la que están ocurriendo cosas de las que no nos podemos sustraer. También participaremos de estas realidades, que son igualmente procesos, que confluyen con el proceso de nuestra Iglesia diocesana.

1 La Conferencia Episcopal Española, a través de la Comisión Episcopal de Familia y vida, promovió en las diócesis el trabajo del poscongreso de laicos, con la guía de trabajo *Hacia un renovado Pentecostés*, editada en octubre de 2020, en torno a los cuatro itinerarios que dieron cuerpo al Congreso de febrero de 2020. Posteriormente, habiéndose constituido el Consejo Asesor de Laicos y habiendo tenido lugar la fase diocesana del Sínodo, publicó en formato digital un folleto titulado ***Nuevos frutos para un Pueblo de Dios en camino, un documento de trabajo sobre el primer anuncio***, el primero de los cuatro itinerarios mencionados, en el que se va a hacer hincapié durante los cursos 2022-2023 y 2023-2024, sin olvidar los otros tres. El próximo mes de febrero de 2024, los días 17 y 18, tendrá lugar en Madrid un **Encuentro Nacional de laicos sobre primer anuncio**, en el que nuestra diócesis también se hará presente, como lo hizo en el Congreso de 2020.

Puedes ampliar la información y mantenerte vinculado a todo lo que se organiza aquí: <https://laicos.conferenciaepiscopal.es>

2 Los días 9 y 10 de octubre de 2021 tuvo lugar en Roma la apertura del **Sínodo sobre la sinodalidad**. Y el 17 del mismo mes tuvimos en la catedral de Baeza la apertura de la fase diocesana, que duró hasta el 23 de abril de 2022, día en que se celebró la clausura de la misma con una asamblea diocesana que se desarrolló en el colegio de Maristas y en la catedral de Jaén. Luego, se celebró en Madrid la Asamblea nacional, el día 11 de junio, en la que estuvieron los representantes de nuestra Diócesis. Tras el desarrollo de la fase conti-

mental fue hecho público el *instrumentum laboris* de la asamblea de los obispos. Finalmente, la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos se celebrará en dos sesiones, con un año de diferencia: la primera, del 4 al 29 de octubre de 2023, y la segunda, en octubre de 2024. De ellas manarán documentos que llegarán a las diócesis. Tendremos que trabajar sobre ellos.

En la página web del Sínodo se va actualizando la información. Es esta: <https://www.synod.va/es.html>

3 La bula de convocación de un Año Santo se publica generalmente el año anterior coincidiendo con la Solemnidad de la Ascensión. Para el **Jubileo 2025**, que lleva por lema «Peregrinos de la esperanza», se espera que sea publicada el 9 de mayo de 2024. El papa Francisco ha pedido que los dos años de **preparación del Jubileo** sean dedicados el primero al **redescubrimiento de la doctrina del Concilio** (2023), y el segundo a la **oración** (2024). Sobre el Concilio se han preparado unos documentos, los *Cuadernos del concilio*, que incluyen material para leer y trabajar y vídeos cortos, sobre las cuatro constituciones fundamentales del Vaticano II. Para el 2024 se ofrecerán igualmente materiales sobre la oración, bajo el título *Apuntes sobre la oración*. Nos sumaremos a esta preparación para participar en el Año Santo 2025 con provecho.

Esta es la pagina web del Jubileo 2025, que también puedes consultar: <https://www.iubilaeum2025.va/es.html>

4 El día 11 de enero de 2021 firmaba el papa Francisco el «motu proprio» *Spiritus Domini*, por el que se modificaba el canon 230 §1 del *Código de Derecho Canónico*, abriendo el acceso a las mujeres a los **ministerios instituidos del lectorado y acolitado**. Cuatro meses más tarde, el día 10 de mayo, firmaba otro «motu proprio», *Antiquum ministerium*, con el que se instituía el **ministerio del catequista**. Tras estas dos intervenciones del pontífice sobre temas relacionados con los ministerios laicales, al año siguiente, dirigió un mensaje a los obispos, a los presbíteros y a los diáconos, a las personas consagradas y a los fieles laicos, en el 50º aniversario de la carta apostólica en forma de «motu proprio» *Ministeria quedam* de san Pablo VI,

en el que explica que «estas dos intervenciones no deben ser interpretadas como una superación de la doctrina precedente, sino como un desarrollo ulterior, que ha sido posible por estar fundado en los mismos principios –coherentes con la reflexión del Concilio Vaticano II– que inspiraron *Ministeria quaedam*» (núm. 2). El papa urge a hacer realidad estos ministerios e invita a que «se inicie un diálogo sobre este tema con las Conferencias Episcopales para poder compartir la riqueza de las experiencias ministeriales que la Iglesia ha vivido en estos cincuenta años, ya sea como ministerios instituidos (lectores, acólitos y, recientemente, catequistas), o como ministerios extraordinarios y de facto» (núm. 10). La Conferencia Episcopal Española, después de dedicar diversas sesiones y recabar información de las varias Comisiones implicadas, publicó al comienzo del año 2023 un documento que lleva por título *Orientaciones sobre la institución de los ministerios de lector acólito y catequista. Ad experimentum por cinco años*. En él se perfilan algunas líneas sobre la ministerialidad y sobre la identidad y el sentido de los tres ministerios, y se dan algunas indicaciones básicas sobre su promoción y sobre la preparación de los candidatos. Está en estudio en nuestra Provincia Eclesiástica el tema. Tendremos que ir dando pasos en nuestra Diócesis en orden a la instauración en ella de los tres ministerios, así como en relación a una mayor implantación del diaconado permanente, en el que ya tenemos un camino recorrido.

5 El 11 de agosto de 2027 se cumplirán 800 años de la aparición de la Virgen de la Cabeza. En torno a esta conmemoración se convocará un año jubilar en la Diócesis, en el que, irremediablemente nos veremos implicados todos. Será una buena ocasión para volver a las raíces de nuestra fe, que se hunden en el **humus** de la piedad popular que se extiende por toda la geografía diocesana. El documento de los Obispos del Sur *María, Estrella de la Evangelización. La fuerza evangelizadora de la piedad popular* nos será de gran ayuda.

NOTAS

1 Podemos identificar **tres ejes interconectados** a lo largo del pontificado de Francisco. **El primero, eclesiológico**, conformado por *Evangelii gaudium* (2013), su discurso durante la Conmemoración de los 50 años de la institución del Sínodo de los Obispos (2015) y la Constitución Apostólica *Episcopalis Communio* (2018). A la luz de la eclesiología del Pueblo de Dios se nos invitó a pensar en la reforma de la Iglesia a la luz de dos conversiones: la pastoral y la sinodal; es decir, tanto en la mentalidad y acción eclesial como en las relaciones entre los que formamos parte de ella. Este eje encuentra una buena sistematización en el documento de la Comisión Teológica Internacional sobre *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia* (2018).

El segundo eje, social, integrado por *Laudato Si* (2015), *Querida Amazonia* (2019) y la encíclica *Fratelli Tutti* (2020), llama a emprender un proceso de conversión integral que gira en torno a lo ecológico (el grito de la tierra) y lo social (el grito de los pobres), pero lo hace a partir de la preservación de los pueblos y sus culturas como lugares teológicos, de auténtica revelación de Dios. La Iglesia Pueblo de Dios habita en medio de realidades culturales locales, a partir de las cuales ha de expresarse con ministerios, liturgias y teologías propias. En este eje, se aprecia cómo la opción por los pobres y descartados pasa a ser una opción estructural de toda la organización eclesial, incluso, en la orientación de su geopolítica pastoral.

Estos primeros dos ejes han de ser leídos en el marco de una **eclesiología misionera**, de corte sociocultural, que es ampliada con un **tercer eje** conformado por el Documento sobre la *Fraternidad humana, por la paz mundial y la convivencia común* (2019) y la última parte de la encíclica *Fratelli tutti* (capítulo VIII). Aquí abre, inicialmente, una visión, aún por desarrollarse, con miras al diálogo interreligioso y la presencia de la Iglesia en lugares en los que aún el cristianismo sigue siendo minoría: la amistad social. El modelo de una Iglesia en salida supone «la absoluta prioridad de la *salida de sí hacia el hermano* como uno de los dos mandamientos principales que fundan toda norma moral (...), porque en el hermano está la permanente prolongación de la Encarnación para cada uno de nosotros» (EG 179).

2 No hemos estado acostumbrados a hablar de *liderazgo* en la Iglesia. Comúnmente nos hemos referido a esta función con términos como *pastoreo*, *pesca*, *re-*

gencia o cuidado (cura animarum). El término *líder* lo hemos relacionado habitualmente con la política o con el mundo de la empresa. En la actualidad, cada vez más se acepta este término en la reflexión pastoral y teológica, sin olvidar los otros, que tienen base bíblica; aunque, cuando usamos este término en la Iglesia lo relacionamos con dos pasajes bíblicos de profundísimo calado: el del lavatorio de pies (ver Jn 13,1-20) y la enseñanza sobre la autoridad (ver Mt 20,25-28). Liderar en la Iglesia es, pues, según estos textos, ejercer la autoridad desde el servicio. Es significativo de cómo ha entrado este termino en la Iglesia que las Jornadas anuales de vicarios, organizadas por la Conferencia Episcopal Española en mayo de 2022 en Santiago de Compostela, llevaran como título «El liderazgo en la Iglesia»: Francisco Julián ROMERO GALVÁN (dir), *El liderazgo en la Iglesia. XLVII Jornadas de Vicarios*, Edice, Madrid 2022.

3 En diversas reflexiones actuales sobre el liderazgo sacerdotal y su papel en la conversión pastoral de las comunidades, se toma como metáfora la figura de Moisés como líder, y la salida de Egipto, el camino por el desierto y la entrada a la tierra prometida como símbolo del camino dificultoso, con sus diversas etapas, que hay que recorrer desde la parroquia de conservación a la parroquia misionera. Dos ejemplos: Gene MIMIS, *Liderazgo al estilo de Moisés*, Patmos, Miramar 2013; José ALDAZÁBAL, *Moisés, modelo de líder creyente*, Centro de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2007.

4 FRANCISCO, *Homilía en Santa Marta del 11 de junio de 2018*.

5 *Ibidem*. Vale la pena añadir que en esta breve homilía sobre la evangelización, el papa habla de las tres dimensiones fundamentales de la evangelización. La primera es el anuncio, del que habla en las líneas que hemos transcrito. Las otras dos son el servicio («Curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios») y la gratuidad («Lo que habéis recibido gratis dadlo gratis»).

6 De sobra es conocido que, tras unas primeras fases de tanteo y consultas antepreparatorias, las comisiones redactoras preparadas al efecto en Roma (diez comisiones, tres secretariados y la comisión central) elaboraron numerosos esquemas. Algunos en Roma pensaban que había que ofrecer al Concilio material ya suficientemente elaborado para que recibiera el sí sin apenas retoques. Las comisiones que redactan estos esquemas preparados para su aprobación conciliar

decían haber tenido fundamentalmente en cuenta lo aportado individualmente por la mayoría de los obispos del mundo así como por las universidades católicas. Se esperaba, pues, la inmediata reunión de los obispos sin muchas expectativas. A pesar de ello, las alocuciones de Juan XXIII, y sobre todo su discurso inaugural, parecen señalar unos horizontes conciliares de mucha mayor envergadura. Pero es que luego, en las semanas subsiguientes, el primer mensaje al mundo que los obispos reunidos en concilio aprueban manifiesta una tonalidad, un estilo y un contenido distintos al lenguaje de los materiales preparados; luego, cuando se entra a discutir directamente el primero de los esquemas ofrecidos, la sorpresa de muchos es mayúscula, al comprobar cómo se devuelve a la comisión correspondiente para su refundición total, porque el esquema sobre las dos fuentes de la revelación no gusta a la mayoría conciliar y, aún en contra del mismo reglamento, hay que rehacer su planteamiento y contenido; y más tarde, durante la primera semana de diciembre de 1962, se rechazó igualmente el esquema preparado por la comunión dedicada a las cuestiones de fe y costumbres: en esta semana se gestaron las claves que darían lugar a todos los documentos del Vaticano II. Cosas del Espíritu, si es que sabemos leer con fe la historia.

7 En la biblia hebrea, la realidad de la conversión se expresa mediante dos series de vocablos que se relacionan con las raíces *sûb* y *nhm*. Son términos muy usados en el Antiguo Testamento: *sûb*, por ejemplo, aparece más de 1500 veces. Aunque los significados son diversos, tienen una afinidad evidente: expresan un movimiento de *alejamiento de* y de *retorno a*.

8 Nótese que el término *estructura* se usa 26 veces en *Evangelii Gaudium* y 24 veces en la *Instrucción*.

9 Benedicto XVI, *Carta apostólica Porta fidei*, 10. Allí mismo dice también el papa: «El apóstol Pablo nos ayuda a entrar dentro de esta realidad cuando escribe: “con el corazón se cree y con los labios se profesa” (cf. Rm 10, 10). El corazón indica que el primer acto con el que se llega a la fe es don de Dios y acción de la gracia que actúa y transforma a la persona hasta en lo más íntimo». Y propone el ejemplo de Lidia, en el libro de los Hechos de los Apóstoles: «Cuenta san Lucas que Pablo, mientras se encontraba en Filipos, fue un sábado a anunciar el Evangelio a algunas mujeres; entre estas estaba Lidia y “el Señor le abrió el corazón para que aceptara lo que decía Pablo” (Hch 16,14). El sentido que encierra la expresión es

importante. San Lucas enseña que el conocimiento de los contenidos que se han de creer no es suficiente si después el corazón, auténtico sagrario de la persona, no está abierto por la gracia que permite tener ojos para mirar en profundidad y comprender que lo que se ha anunciado es la Palabra de Dios».

10 El *Directorio para la catequesis* habla continuamente de «proceso», «proceso educativo», «proceso de formación», «proceso de crecimiento y conversión». Y la segunda parte del Directorio lleva como título: «El proceso de la catequesis».

11 EG 223. Los números 222-225 de la exhortación apostólica están dedicados al tema. Y el papa vincula la prioridad del tiempo sobre el espacio a otras tres prioridades más, expresadas en los números 226-237 del documento, que también tendríamos que asumir: la unidad tiene que prevalecer sobre el conflicto, la realidad es más importante que la idea y el todo es superior a la parte.

Ya antes se había referido el papa a este tema en la encíclica *Lumen fidei*, diciendo: «En unidad con la fe y la caridad, la esperanza nos proyecta hacia un futuro cierto, que se sitúa en una perspectiva diversa de las propuestas ilusorias de los ídolos del mundo, pero que da un impulso y una fuerza nueva para vivir cada día. No nos dejemos robar la esperanza, no permitamos que la banalicen con soluciones y propuestas inmediatas que obstruyen el camino, que “fragmentan” el tiempo, transformándolo en espacio. El tiempo es siempre superior al espacio. El espacio cristaliza los procesos; el tiempo, en cambio, proyecta hacia el futuro e impulsa a caminar con esperanza» (LF 57). Y volverá más tarde a echar mano de este principio en *Amoris laetitia*, refiriéndose a la reflexión sobre el matrimonio y la familia (AL 2) y a la educación de los hijos (AL 261).

12 Aunque el mismo canon continúa diciendo: «sin embargo, por escasez de sacerdotes u otras circunstancias, se puede confiar a un mismo párroco la cura de varias parroquias cercanas».

13 Aunque el mismo canon reza a continuación así: «sin embargo, cuando en casos particulares haya una causa justa, el Ordinario del lugar puede permitir que habite en otro lugar, sobre todo en una casa común de varios presbíteros, con tal de que se provea adecuada y eficazmente al cumplimiento de las tareas parroquiales».

14 Aunque en el *Código de Derecho Canónico* la razón que más se esgrime es la de la escasez de sacerdotes, esta no es el motivo principal para repensar la estructura pastoral de las diócesis; hay otras razones de peso (algunas de ellas también señaladas por el *Código* que nos obligan a tomar cartas en el asunto: la promoción de la pastoral del conjunto, la necesaria asunción de corresponsabilidad por parte de los religiosos y los laicos, la creciente movilidad humana, la cultura digital, el paso de una concepción de la parroquia basada fundamentalmente en la territorialidad a la concepción de la parroquia como el *espacio donde uno vive su fe*.

15 «Es evidente cuán oportuno es superar tanto una concepción autorreferencial de la parroquia, como una “clericalización de la atención pastoral”. Tomar en serio el hecho de que el Pueblo de Dios “tiene por condición la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo”, impulsa a promover prácticas y modelos a través de los cuales cada bautizado, en virtud del don del Espíritu Santo y de los carismas recibidos, se convierte en protagonista activo de la evangelización, con el estilo y con las modalidades de una comunión orgánica, tanto con las otras comunidades parroquiales como con la pastoral de conjunto de la diócesis. De hecho, toda la comunidad es el sujeto responsable de la misión, ya que la Iglesia no se identifica solamente con la jerarquía, sino que se constituye como el Pueblo de Dios» (CP 38).

16 «La comunidad presbiteral, siempre en camino de formación permanente, tendrá que ejercer con sabiduría el arte del discernimiento que permita que la vida parroquial crezca y madure, en el reconocimiento de las diferentes vocaciones y ministerios. El presbítero, por tanto, como miembro y servidor del Pueblo de Dios que le ha sido confiado, no puede reemplazarlo. La comunidad parroquial está facultada para proponer formas de ministerialidad, de anuncio de la fe y de testimonio de caridad» (CP 39).

17 Se trata ampliamente el tema en Andy CROUCH, *Crear cultura. Recuperar nuestra vocación creativa*, Sal Terrae, Santander 2010, especialmente en la primera parte del libro, que ocupa las páginas 17-115.

18 Las expresiones *pastoral de conservación* o *pastoral de mantenimiento* se han usado en los documentos eclesiales de los últimos años y han pasado al lenguaje

común de las reflexiones pastorales. Ver, por ejemplo: V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *Documento de Aparecida* 201, 370; EG 15, 25; CP 75; *Documento de trabajo para la etapa continental del Sínodo*, 99. Se contrapone a ellas la expresión *pastoral misionera*.

19 «La conversión de las estructuras, que la parroquia debe proponerse, requiere en primer lugar un cambio de mentalidad y una renovación interior, sobre todo de aquellos que están llamados a la responsabilidad de la guía pastoral. Para ser fieles al mandato de Cristo, los pastores, y en modo particular los párrocos, “principales colaboradores del Obispo”, deben advertir con urgencia la necesidad de una reforma misionera de la pastoral» (CP 35).

20 «Esta renovación, por supuesto, no solo concierne al párroco, ni puede ser impuesta desde arriba, excluyendo al Pueblo de Dios. La conversión pastoral de las estructuras implica la conciencia de que “el Santo Pueblo fiel de Dios está ungido con la gracia del Espíritu Santo; por tanto, a la hora de reflexionar, pensar, evaluar, discernir, debemos estar muy atentos a esta unción. Cada vez que como Iglesia, como pastores, como consagrados, hemos olvidado esta certeza, erramos el camino. Cada vez que intentamos suplantar, acallar, ningunear, ignorar o reducir a pequeñas elites al Pueblo de Dios en su totalidad y diferencias, construimos comunidades, planes pastorales, acentuaciones teológicas, espiritualidades, estructuras sin raíces, sin historia, sin rostros, sin memoria, sin cuerpo; en definitiva, sin vida. Desenraizarnos de la vida del pueblo de Dios nos precipita a la desolación y perversión de la naturaleza eclesial”» (CP 37).

21 Esta es solo una muestra, quizás la más estridente, de las protestas continuas del pueblo que camina hacia la libertad. El relato veterotestamentario es insistente en mostrar esta *rebeldía* del pueblo que, en las dificultades, echa la mirada hacia atrás, añorando la *placidez* de la esclavitud de Egipto. Primero protesta porque añora los alimentos de Egipto, y Dios les brinda el maná (ver Ex 16,1-4; Nm 11,4-9). Luego este maná se vuelve insulso al paladar de los israelitas y Dios los alimenta con codornices (ver Ex 16,13; Nm 11,4-6.31-32. Está también la queja por la sed, y Dios hace brotar agua de la peña (ver Ex 17,1-7; Nm 20,1-13). Y, antes de todo esto, las protestas tras la desacreditación que los exploradores hacen de la tierra prometida porque sienten miedo ante los hombres que la habitan, que son como gigantes (ver Nm 13,32-14,4).

22 «Para evitar traumas y heridas, es importante que los procesos de reestructuración de las comunidades parroquiales y, a veces, también diocesanas, se realicen con flexibilidad y gradualidad» (CP 36).

23 «Cada cristiano está llamado a ser misionero y testigo de Cristo. Y la Iglesia, comunidad de los discípulos de Cristo, no tiene otra misión si no la de evangelizar el mundo dando testimonio de Cristo. La identidad de la Iglesia es evangelizar» (*Mensaje del Santo Padre Francisco para la jornada mundial de las misiones 2022*).

24 Para redactar este epígrafe, tomamos pie de la reflexión de James Mallon, en la que recoge el estudio sobre un buen número de parroquias católicas de Estados Unidos que han entrado en el camino de la conversión pastoral: James MALLON, *Una renovación divina. De una parroquia de mantenimiento a una parroquia misionera*, BAC, Madrid 2018, 93-230.

William E. Simon Jr ha hecho un estudio similar sobre 244 parroquias estadounidenses que han conseguido transformarse en misioneras y resume las *buenas practicas* de estas en cuatro, todas ellas recogidas en el estudio de Mallon: el liderazgo compartido, el fomento del discipulado en orden a la madurez espiritual de los creyentes, el cuidado del domingo como día de la comunidad y la evangelización intencional (practicadas explícitas de anuncio a los que no participan en la vida de la fe). Ver William E. SIMON Jr, *Grandes parroquias católicas. Cuatro prácticas pastorales que las revitalizan*, BAC, Madrid 2018.

La diócesis de Chicago invitó a todas las parroquias a la lectura del libro de Mallon y editó una guía de lectura en la que señala «siete señales de vitalidad parroquial».

El estudio realizado por la Universidad Católica de Valencia, esta vez sobre parroquias de nuestro país, entre los años 2020-2022, y que llevó a la celebración del *Primer Congreso Católico de buenas prácticas en parroquias* en febrero de 2023, recoge un elenco de buenas prácticas en parroquias españolas que han iniciado el proceso de conversión pastoral y están a distintos niveles del mismo. En este estudio aumenta el número de buenas prácticas hasta 57, agrupadas en diez módulos: Conversión Pastoral/Parroquia evangelizadora, Primer Anuncio, Discipulado, Ministerios-servicios, Comunidad, Eucaristía-Adoración, Nuevas Tecnologías, Sinodalidad, Liderazgo Pastoral, Arciprestazgo-Diócesis.

Como se puede notar a simple vista, hay coincidencias significativas en los todos los estudios, lo que nos permite afirmar sin lugar a dudas que no hay un modelo de parroquia en conversión, sino un conjunto de prácticas que transforman las parroquias, independientemente de las diversas características de las mismas.

25 James MALLON, *Una renovación...* 94-95

26 El término *emoción* puede ser interpretado incorrectamente refiriéndolo a un sentimiento pasajero y de poco valor, pero aquí lo usamos en el segundo sentido que le da el *Diccionario de la Real Academia*: «Interés, generalmente expectante, con el que se participa en algo que está ocurriendo».

27 El autor del libro de los Hechos es audaz a la hora de expresar la presencia del Espíritu y la conciencia de las comunidades primitivas de su poder, que actuaba en ellas. En la toma de decisiones se usa la expresión «hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros» (ver Hch 15,28) y en diversas ocasiones, cuando se comienza el anuncio del Evangelio a alguna persona o en algún lugar es porque el Espíritu *dice, arrebatata, impide, encadena, mueve* (ver Hch 8,29.39: Felipe y el Eunuco; Hch 10,19; 11,12: Pedro y Cornelio; Hch 13,2: envío de Bernabé y Saulo; Hch 16,6-7: Pablo anuncia el Evangelio en Macedonia; Hch 20,22: Pedro va preso a Jerusalén; Hch 21,4: Pablo en Tiro; Hch 21,11: Pablo en Cesarea).

28 Ver Rick WARREN, *Una Iglesia con propósito. Cómo crecer sin comprometer el mensaje y la misión*, Editorial Vida, Miami 1998, especialmente 109-115.

29 Tomamos esta descripción de James MALLON, *Una renovación...* 324-325.

30 Traducimos literalmente, para que se note mejor la intencionalidad del autor: «Yendo, pues, *haced discípulos* a todos los pueblos, *bautizándolos* en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; *enseñándoles* a guardar todo lo que os he mandado». Nótese que de los cuatro verbos, tres están en forma no personal y solo *hacer* está en forma personal. De sobra sabemos que, en una construcción de este modo, las acciones expresadas por los verbos en forma no personal están subordinadas a la expresada por el verbo en forma personal. Así que tenemos que entender que el *ir*, el *bautizar* y el *enseñar* van en orden a *hacer discípulos*.

31 Algunos padres de la Iglesia y después los teólogos usaron el término griego *perichoresis* para describir la realidad de la Santísima Trinidad, haciendo alusión con él a la interpenetración y morada mutua de las personas divinas, basada en su unidad esencial. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no sólo se abrazan mutuamente, sino que se impregnan, contienen y existen el uno en el otro. Las tres hipóstasis del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo se mueven la una en la otra, se pertenecen mutuamente en un conjunto armonioso de relaciones en las que hay un eterno dar y recibir mutuo. Dice san Buenaventura: «Solo en Dios se da la más alta unidad con distinción, de manera que es posible esta distinción sin mezcla y esta unidad sin separación» (*In Sent.*, I, d. 19, p. I, q. 4).

32 Wm. Paul YOUNG, *La cabaña*, Planeta, Barcelona 2009, 176-177.

33 Ver OBISPOS DEL SUR, *María, Estrella de la evangelización. La fuerza evangelizadora de la piedad popular*, 2023.

9 BIBLIOGRAFÍA Y RECURSOS

Si estás leyendo esto en formato digital puedes ir directamente a la página web de la Vicaría de Evangelización para descargar los documentos en su versión en PDF, haciendo clic sobre el icono a su derecha.

También puedes acceder a las páginas web haciendo clic sobre el enlace de cada una de ellas.

9.1. Documentos eclesiales

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Nuevos frutos para un pueblo de Dios en camino*, 2022.



CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Orientaciones sobre la institución de los ministerios de lector, acólito y catequista. Ad experimentum por cinco años*, EDICE, Madrid 2023.



CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Instrucción La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia*, 2020.



COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*, 2018.



DIOCESIS DE JAÉN, *Catecumenado de niños en edad escolar no bautizados*, 2010.



PONTIFICIO CONSEJO PARA LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Directorio para la catequesis*, EDICE, Madrid 2022.



FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual, 2013.



FRANCISCO, Carta encíclica *Lumen fidei*, sobre la fe, 2013.



FRANCISCO, Carta encíclica *Laudato si'*, sobre el cuidado de la casa común fe, 2015.



FRANCISCO, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, sobre la llamada a la santidad en el mundo contemporáneo, 2018.



FRANCISCO, *Documento sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común*, 2019.



FRANCISCO, Carta encíclica *Fratelli tutti*, sobre la fraternidad y la amistad social, 2020.



FRANCISCO, Carta apostólica *Desiderio desideravi*, sobre la formación litúrgica del pueblo de Dios, 2022.



FRANCISCO, Carta apostólica en forma de «motu proprio» *Antiquum ministerium*, con la que se instituye el ministerio del catequista, 2021.



FRANCISCO, *Carta al prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre el acceso de las mujeres a los ministerios del lectorado y del acolitado*, 2021.



FRANCISCO, *Carta del Santo Padre Francisco a S. E. Rvma. Rino Fisichella para el Jubileo 2025*, 2022.



Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, acerca de la evangelización en el mundo contemporáneo, 1975.



JUAN PABLO II, Carta apostólica *Dies Domini*, sobre la santificación del domingo, 1998.



SECRETARIA GENERAL DEL SÍNODO, «*Ensancha el espacio de tu tienda*» (Is 54,2). *Documento de trabajo para la etapa continental*, 2022.



OBISPOS DEL SUR DE ESPAÑA, *María, Estrella de la evangelización. La fuerza evangelizadora de la piedad popular. Carta pastoral al cumplirse el 30º aniversario del viaje apostólico de San Juan Pablo II a Sevilla y Huelva*, 2023.



9.2. Libros y folletos

ALDAZÁBAL José, *Moisés, modelo de líder creyente*, Centro de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2007.

ÁVILA Antonio, *Acompañamiento pastoral*, PPC, Madrid 2018.

BIAMMI Enzo, *El segundo anuncio. La gracia de volver a empezar*, Sal Terrae, Santander 2019².

CARVAJAL Juan Carlos, *Pedagogía del primer anuncio. El Evangelio ante el reto de la increencia*, PPC, Madrid 2012².

CARVAJAL Juan Carlos (dir), *La misión evangelizadora de la Iglesia*, PPC, Madrid 2016.

CARVAJAL Juan Carlos, *Pastoral del primer anuncio*, Ediciones Universidad San Dámaso, Madrid 2022.

COMISIÓN EPISCOPAL PARA LOS LAICOS, FAMILIA Y VIDA, *Hacia un renovado Pentecostés. Guía de trabajo para el poscongreso de laicos*, EICE, Madrid 2020.

CROUCH Andy, *Crear cultura. Recuperar nuestra vocación creativa*, Sal Terrae, Santander 2010.

FONSECA MONTES Josué, *Audacia. Guía práctica del cristiano hoy*, Palabra, Madrid 2018.

GARCÍA DOMÍNGUEZ Luis María, *El libro del discípulo. El acompañamiento espiritual*, Sal Terrae - Mensajero, Santander - Bilbao 2011.

HYBELS Bill, *Divina insatisfacción. Avivando la llama que enciende tu visión*, Vida, Miami 2007.

DOMÍNGUEZ PRIETO Xosé Manuel, *El arte de acompañar*, PPC, Madrid 2017.

KREIDER Alan, *La paciencia. El sorprendente fermento del cristianismo en el Imperio romano*, Sígueme, Salamanca 2017.

LUNA CALVO Carlos, *Fundamentos de marketing religioso. 11 lecciones para evangelizar y vendernos mejor sin perder la esperanza ni la misión*, REinspira Ediciones, 2021.

MALLON James, *Una renovación divina. De una parroquia de mantenimiento a una parroquia misionera*, BAC, Madrid 2018.

MARTÍN BARRIOS Juan Luis (dir), *La conversión pastoral en la acogida y en la misión. XXXIX Jornadas de Vicarios de Pastoral*, Edice, Madrid 2015.

MARTÍN BARRIOS Juan Luis (dir), *Conocer a Bergoglio para comprender a Francisco. Programar desde «Evangelii gaudium»: claves, antecedentes y propuestas pastorales. XLI Jornadas de Vicarios de Pastoral*, Edice, Madrid 2017.

MARTÍN BARRIOS Juan Luis (dir), *Llamados a un nuevo estilo pastoral. Claves desde «Evangelii gaudium», «Amoris laetitia» y «Laudato si'»*. XLII Jornadas de Vicarios de Pastoral, Edice, Madrid 2018.

MARTÍN BARRIOS Juan Luis (dir), *La Iglesia crece no por proselitismo, sino por atracción. XLIV Jornadas de Vicarios de Pastoral*, EDICE, Madrid 2021.

MARTÍN BARRIOS Juan Luis (dir), *La sinodalidad e la vida y misión de la Iglesia. XLV Jornadas de Vicarios de Pastoral*, EDICE, Madrid 2021.

MATTEO Armando, *Convertir a Peter Pan. El destino de la fe en la sociedad de la eterna juventud*, CPL, Barcelona 2022.

MIMIS Gene, *Liderazgo al estilo de Moisés*, Patmos, Miramar 2013.

MOLLÁ LLÁCER Darío, *De acompañante a acompañante. Una espiritualidad para el encuentro*, Narcea, Madrid 2018².

MORLANS Xavier, *El primer anuncio. El eslabón perdido*, PPC, Madrid 2015⁵.

MORLANS Xavier, *Ven y verás. Doce guiones de primer anuncio*, CPL, Barcelona 2014.

REES Erik, F.O.R.M.A. *Conociendo cuál es el propósito que Dios te ha dado solo a ti en esta tierra*, Editorial Vida, Miami 2007.

ROMERO GALVÁN Francisco Julián (dir), *El liderazgo en la Iglesia. XLVII Jornadas de Vicarios*, Edice, Madrid 2022.

RUIZ PONS Vidal (dir), *¿Nueva Evangelización desde las parroquias?*, Facultad de teología San Vicente Ferrer, Valencia 2018.

SECRETARIADO PARA EL SOSTENIMIENTO DE LA IGLESIA, *Corresponsabilidad y autofinanciación en la Iglesia Española. Una propuesta de trabajo*, EDICE, Madrid 2022.

SIMON Jr. William E., *Grandes parroquias católicas. Cuatro prácticas pastorales que las revitalizan*, BAC, Madrid 2018.

SINEK Simon, *Empieza con el porqué. Cómo los grandes líderes motivan el actuar*, Ediciones Urano, Madrid 2018.

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALENCIA, *Estudio sobre parroquias evangelizadoras en España*, 2023.

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA. INSTITUTO SUPERIOR DE PASTORAL, *La conversión pastoral. XXVI Semana de Estudios Pastorales*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 2015.

WARREN Rick, *Una Iglesia con propósito. Cómo crecer sin comprometer el mensaje y la misión*, Editorial Vida, Miami 1998.

WARREN Rick, *Liderazgo con propósito. Lecciones de liderazgo basadas en Nehemías*, Vida, Miami 2008.

WHITE Michel - CORCORAN Tom, *La reconstrucción de un parroquia. Motivar al que está cerca. Llegar al que está lejos. Hacer que la Iglesia cuente*, Libros Liguori, Liguori 2014.

9.3. Recursos web



Los días 24 y 25 de febrero de 2023 tuvo lugar en la Facultad de Teología de San Vicente Ferrer de Valencia el *Congreso de buenas prácticas en parroquias*. En él se presentó el estudio realizado durante dos años sobre una

muestra de parroquias españolas que están dando pasos en el camino de la conversión pastoral. Fruto del estudio surge una herramienta para ayudar a las parroquias a descubrir el grado de transformación que están teniendo.

<https://proyectoparroquias.com/>



Trasforma es una Conferencia de liderazgo y transformación pastoral dirigida a parroquias que quieren lanzarse a la aventura de la conversión pastoral o ya están metidas de lleno en ella. Tuvo lugar en la Facultad de Educación II de la Universidad de Alicante, del 29 de junio al 2 de julio de 2023. VÍDEOS?????

<https://sites.google.com/view/transforma23>



El Congreso *Inspira* está pensado para comunidades parroquiales que buscan inspiración, formación y motivación para salir a anunciar el Evangelio a nuestro mundo. Tiene lugar en Barcelona los días 17 y 18 de noviembre de 2023.

<https://congresinspira.com/es/inicio/>



La página *Formar Apóstoles (discípulos haciendo discípulos)* ofrece recursos diversos (documen-

tos, podcast, vídeos) a distinto niveles para formar a los cristianos en la tarea de la evangelización.

<https://formarapostoles.com/>



Autem Instituto de Liderazgo Pastoral, es una Fundación al servicio de la Iglesia Católica. Nace haciéndose eco de la llamada del papa Francisco a llevar a cabo la conversión pastoral. Su pretensión es ayudar a hacer realidad el cambio de cultura y de paradigma que se necesita para poder hacer realidad esta transformación

de la Iglesia, impulsando la transformación del liderazgo eclesial tanto sacerdotal como de los equipos pastorales parroquiales.

<https://www.autem.org/>



Pastores es un curso que nació en el seno de *Alpha España*, inspirado en la experiencia francesa *Pasteurs Selon Mon Coeur* que han vivido más de 1000 sacerdotes. En la actualidad se desarrolla bajo el auspicio de la asociación *Nunc Coepi*. Se configura como un curso de li-

derazgo y conversión pastoral para presbíteros que anhelan la transformación de su parroquia del mantenimiento a la misión.

La metodología combina herramientas de liderazgo con contenidos magisteriales y pastorales de nueva evangelización, a fin de capacitar a los pastores para su misión de una manera integral.

<https://www.pastoresgregis.com/>



La página web creada para el Congreso de Laicos de 2020 se convirtió en la página oficial de la *Comisión Episcopal para los Laicos, Familia y Vida*

de la Conferencia Episcopal Española. Se propugna como punto de encuentro sobre el laicado en España, donde dar a conocer actividades e iniciativas en relación con el Poscongreso de Laicos, de las delegaciones de Apostolado Seglar y Laicos de las diócesis españolas, los movimientos y asociaciones laicales de ámbito nacional, así como las propias actividades de la *Comisión para los Laicos, Familia y Vida* con sus dos subcomisiones: *Juventud e Infancia y Familia y Defensa de la Vida*.

<https://laicos.conferenciaepiscopal.es/>



El Sínodo sobre la sinodalidad pretende ser un Proceso Sinodal. El objetivo de este Proceso Sinodal no es proporcionar una experiencia temporal o única de sinodalidad, sino más bien ofrecer una oportunidad para que todo el Pueblo de Dios discierna conjuntamente cómo

avanzar en el camino para ser una Iglesia más sinodal a largo plazo. En la página oficial del Sínodo se puede seguir todo el proceso. En ella aparecen noticias y abundante material, así como los documentos oficiales.

<https://www.synod.va/es.html>



El pueblo de Jesús, cada año celebraba la fiesta de la expiación. Pero esta adquiría un significado particular cuando coincidía con el inicio del año jubilar, que se celebraba cada cincuenta años. El año cincuenta era el año *extra*, que debía vivirse cada siete semanas de años . Aunque era difícil de realizar, se proponía como la ocasión para restablecer la correcta relación con Dios, con las personas y con la creación, y conllevaba el perdón de todas

las deudas, la restitución de los terrenos enajenados y el descanso del cultivo de la tierra (ver Lv 25,8-13).

Citando al profeta Isaías, el evangelio según san Lucas describe de este mismo modo la misión de Jesús: «El Espíritu del Señor está sobre mí; porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos, a proclamar *el año de gracia del Señor*» (Lc 4,18-19; ver Is 61,1-2). Estas palabras de Jesús se convirtieron también en acciones de liberación y de conversión en sus encuentros y relaciones cotidianos.

El papa Bonifacio VIII, en 1300, convocó el primer Jubileo, llamado también *Año Santo*, porque es un tiempo en el que se experimenta que la santidad de Dios nos transforma. Con el tiempo, la frecuencia ha ido cambiando: al principio era cada 100 años; en 1343 se redujo a 50 años por Clemente VI y en 1470 a 25 años por Pablo II. También hay momentos extraordinarios en que se celebra: por ejemplo, en 1933, Pío XI quiso conmemorar el aniversario de la Redención y en 2015 el Papa Francisco convocó el año de la Misericordia. También ha sido diferente el modo de celebrar este año: en el origen coincidía con la visita a las Basílicas romanas de san Pedro y san Pablo, por tanto, con la peregrinación, posteriormente se añadieron otros signos, como el de la Puerta Santa. En el año 2025 se celebrará el Jubileo ordinario, dedicado a la esperanza. 2023 y 2024 son los años de preparación de mismo. El primero dedicado al recuerdo del Concilio Vaticano II y el segundo, a la oración.

<https://www.iubilaeum2025.va/es.html>

ÍNDICE

PALABRAS DEL OBISPO	3
INTRODUCCIÓN	7
1. LOS TRES PILARES DE LA CONVERSIÓN PASTORAL	9
1.1. La primacía de la evangelización	
1.2. La transformación del liderazgo	
1.3. La confianza en que el Espíritu Santo es el autor primero de todo el proceso de conversión	
1.4. El equilibrio de los tres pilares	
2. PRESUPUESTOS DE LA CONVERSIÓN PASTORAL	13
2.1. Ante todo, conversión	
2.2. Conversión fraterna y comunitaria	
2.3. Conversión del pastor y de la comunidad	
2.4. Conversión de las estructuras pastorales	
3. CAMBIANDO EL PARADIGMA	20
3.1. De las actividades (o servicios) a los procesos	
3.2. De privilegiar el espacio a privilegiar el tiempo	
3.3. Del mirar hacia dentro al mirar hacia fuera	
3.4. Del «pastor con su rebaño» a los equipos pastorales	
3.5. El cambio de la cultura de la comunidad	
4. RECORRIENDO UN (LARGO) CAMINO	29
4.1. El punto de partida	

4.2. La primera etapa: conversión de las personas	
4.3. La segunda etapa: conversión de las estructuras	
4.4. La tercera etapa: la parroquia misionera	
5. CULTIVANDO LOS 10 INDICADORES DE LA P. MISIONERA	36
5.1. Dar prioridad al fin de semana	
5.2. Cuidar la hospitalidad	
5.3. Ofrecer una música que eleve	
5.4. Brindar homilías significativas	
5.5. Modelar una comunidad llena de sentido	
5.6. Tener expectativas claras	
5.7. Suscitar ministerios basándose en las fortalezas de las personas	
5.8. Formar pequeñas comunidades	
5.9. Posibilitar la experiencia del Espíritu Santo	
5.10. Convertirnos en una Iglesia que invita	
6. FORTALECIENDO LOS 5 SISTEMAS DE LA P. MISIONERA	49
6.1. Evangelización (kerigma): anunciamos el Evangelio	
6.2. Discipulado (didaskalía): acompañamos procesos	
6.3. Celebración (liturgia): oramos y celebramos la fe	
6.4. Caridad (diakonía): fomentamos la caridad	
6.5. Comunión (koinonía): vivimos la fraternidad	
7. ORIENTACIONES PARA EL CUATRIENIO 2023-2027	53
7.1. Puntualizaciones	
Un plan que es la continuación del camino emprendido	
Un proceso, más que un catálogo de acciones a realizar	

Cuatro cursos, un único objetivo	
Menos es más	
7.2. Curso 2023-2024: primer anuncio	
7.3. Curso 2024-2025: discipulado	
7.4. Curso 2025-2026: Corresponsabilidad y liderazgo	
7.5. Curso 2026-2027: Misión y presencia en el mundo	
 8. OTROS PROCESOS TRANSVERSALES	 70
 NOTAS	 73
 9. BIBLIOGRAFÍA Y RECURSOS	 82
9.1. Documentos eclesiales	
9.2. Libros y folletos	
9.3. Recursos web	
 ÍNDICE	 92
 ABREVIATURAS DE DOCUMENTOS	 95

ABREVIATURAS DE DOCUMENTOS

AG CONCILIO VATICANO II, Decreto *Ad Gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia.

AL FRANCISCO, Exhortación apostólica sinodal *Amoris laetitia*, sobre el amor en la familia.

CP CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, Instrucción *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia*.

DCE BENEDICTO XVI, Carta encíclica *Deus Caritas est*, sobre el amor cristiano.

DD JUAN PABLO II, Carta apostólica *Dies domini*, sobre la santificación del domingo.

GE FRANCISCO, Exhortación apostólica GAUDETE ET EXULTASTE, sobre el llamado a la santidad en Edmundo actual.

GS CONCILIO VATICANO II, Constitución pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual.

LF FRANCISCO, Carta encíclica *Lumen fidei*, sobre la fe.

PF BENEDICTO XVI, Carta apostólica en forma de «motu proprio» *Porta fidei*, con la que se convoca el año de la fe.

VQA JUAN PABLO II, Carta apostólica *Vicesimus quintus annus*,
en el XXV aniversario de la constitución sobre la sagrada
liturgia.

